HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE

23



EN WARIZATA SE FORJA
HOY EL NUEVO INDIO

30 CENTAVOS

0.10 dólar en el exterior



Los niños de las escuelas indigenales, entregados a las más diversas tareas en beneficio de la propia comunidad.

EN WARIZATA SE FORJA HOY EL NUEVO INDIO

Una de mis primeras preocupaciones, durante mi reciente viaje a Bolivia, adonde volvía después de algunos años de ausencia, fué visitar la Escuela Indigenal de Warizata, cuya fama ha trascendido las fronteras. Con justificada razón, porque Warizata es no sólo un experimento educacional de singular valor para la pedagogía universal, que puede cotejarse con otros sistemas famosos y hacer historia en este capítulo, sino que representa el primer intento serio de solución de un problema fundamental boliviano: el de la marginación de la vida nacional de grandes masas de población aborigen, aisladas en una dura servidumbre que se prolonga desde los tiempos de la Conquista.

Acepté, pues, una invitación que me formuló el director del núcleo madre de la escuela, y me trasladé al ya célebre lugar, en un vehículo que pusieron a mi disposición las autoridades educacionales. Una magnífica autovía une a Warizata con La Paz, y el viaje se hace en tres o cuatro horas. Primero por la meseta del Altiplano, que lucía todas las gamas del verde, entonces decorada por la primavera, y luego bordeando el Lago Titicaca, de un azul puro y cristalino en esa diafanidad atmosférica de cuatro mil doscientos metros sobre el nivel del mar.

Warizata se halla enclavada en las proximidades del Lago. El marco que la rodea es, pues, imponente. Allí se inician las estribaciones que conducen a las punas y, más arriba, a los neveros eternos, cuyos altos picachos decoran el fondo del panorama. Los pobladores de la región son aborígenes que mantienen todavía en su organización social la vieja forma incaica (y aun preincaica) del ayllu, pero en el parlamento de los amautas de la escuela se sientan también peones de las haciendas.

Me había interesado por Warizata casi desde su fundación, obra de un maestro apostólico, Elizardo Pérez, y conocía al pormenor, pero de oídas, o más bien por haberlo leído, cuanto se refería a su organización escolar. Pero debo confesar que, a pesar de ello, desde mi llegada a Warizata fuí de sorpresa en sorpresa. La primera me la produjo el edificio mismo de la escuela, divisado a la distancia, antes de llegar el automóvil a la misma. Una soberbia construcción de piedra y madera de dos pisos se alzaba frente a mí, luciendo líneas sobrias y estilo incaico y tiahuanacota en su decoración. Hay un cuerpo todavía en construcción, pero así y todo la impresión es magnífica. El edificio enmarca un amplio patio en medio del cual se levanta un mástil, cuya mitad inferior corresponde a un enorme monolito Tiahuanaco tallado por los jóvenes artistas indios de la escuela; es el lugar en que se dan cita periódicamente grandes concentraciones de indígenas de las inmediaciones, para realizar allí sus fiestas, sus ferias y sus asambleas populares, habiéndose llegado a reunir hasta treinta mil indios. El ala en construcción es una especie de anfiteatro, con una portada de piedra, cuyos bajorrelieves contienen motivos alusivos a la educación indígena, y en cada extremo de la escalera, un imponente león americano, de piedra, tallado también por los alumnos. Los muros del patio de la escuela están cubiertos de frescos.

Pero la impresión más emocionante fué el contacto con los mismos alumnos. Qué duda cabe: la obra del hombre es grande y desafía a los siglos. Las ruinas de Tiahuanaco siguen impresionando hondamente a los contemporáneos que las visitan, lo mismo que las pirámides de Egipto o las catacumbas de Roma. Pero el espectáculo del hombre, la visión de un alma, el temblor de un pensamiento vivo, los reflejos de una personalidad cordial, las preocupaciones de un grupo humano o de un pueblo, son simas que conmueven más. El valor del hombre es mayor que el de sus obras o sus ideas. De ahí que cualquier sujeción de la persona en nombre de una idea sea siempre intolerable. Y que las horas más sombrías y monstruosas de la historia sean aquellas en que se desestima la personalidad humana, la vida de los hombres, y se asesina en nombre de una idea, afirmativa o negativa. Esas serán siempre horas de retrogradación, y de degradación.

Decía que mi emoción fué indefinible cuando hablé con los alumnos indios. Y no es para menos. Al descender del coche, en el patio de la escuela, un grupo de muchachos indígenas que jugaban allí se acercó a examinarme con curiosidad desprovista de impertinencia. Eran niños de ocho a catorce años. Vestían chamarras azules, pantalones blancos de bayeta, y ojotas. Su aspecto era de agradable limpieza. Me saludaron.

—Buenos días, señor.

Y al enterarse de que yo iba a visitar la escuela, se presentaron, tendiéndome la mano.

—Nos alegramos de conocerlo, señor. Sea usted bienvenido a nuestra escuela. —Y se brindaron a servirme de guías.

Yo estaba conmovido hasta casi no poder hablar. ¡De modo que ésta era la obra de Warizata! Bien valía por sí sola para elogiar su grandeza. Pero esto exige una explicación.

Bajo la dirección inteligente y cariñosa de sus maestros, la nueva generación que se está formando en Warizata, además de adquirir capacitación profesional, está recuperando su condición humana, su dignidad, su personalidad.

Yo había conocido a los muchachos indios de mi infancia y mi adolescencia, en la ciudad adonde ellos bajaban con sus padres, o en las aldeas y haciendas del Altiplano que yo visitaba en mis excursiones y paseos en compañía de otros camaradas de juegos o de estudio. En general vestían harapos, eran sucios, estaban infestados de piojos y, lo que es más grave, nunca levantaban la mirada al hablar, huían del blanco, le temían visiblemente. El blanco era un dios despótico para ellos, y cuatro siglos de injusticia les habían enseñado a sometérsele, pero, también, a evitarle siempre que pudieran hacerlo. En los caminos, salían lejos de la vía, cuando acertaban a cruzarse con *mistis*, mientras que las muchachas preferían dar un gran rodeo para evitarse esa contingencia.

Warizata le ha enseñado al indio a recuperar su condición humana, su dignidad de hombre, su personalidad. Esos muchachos, esas muchachas, hijos de aquellos que conocí en mi infancia, no sólo no huyen ni temen ahora a otros hombres, cualquiera que sea el pigmento de su piel, sino que hablan con él de ser a ser, normalmente, aplomadamente, en plano de igualdad. Es el milagro de Warizata.

Para mí era un placer conversar con aquellos niños. Su pureza era encantadora. No es que yo viese en ellos al *sauvage* de Rousseau, colmado de perfecciones. Mi emoción era más definida: veía en ellos, por vez primera para mí, a hombres. Hombres recuperados, hombres reintegrados, bolivianos como los demás.

Se había operado una transformación completa.

Y ese espectáculo confortante no era sólo obra del agua, del jabón y del abecedario. Había sido necesario que un nuevo espíritu se pusiese en contacto con el campesino andino y despertasen en él al nuevo indio. Un largo mal trato de siglos había hecho crecer una desconfianza de piedra en el alma del indio; había adormecido sus potencias creadoras; había engendrado en él complejos de resistencia y de inferioridad; había secado nobles fuentes generosas, impulsos de progreso, aspiraciones de pueblo pujante. Era necesario remover todas esas escombreras. Empresa de titanes. Pero Elizardo Pérez la asumió con fe y con resolución. Sabía, además, que en el corazón del indio, a pesar de sus largos sufrimientos, no se había extinguido la llama de la personalidad que había creado, antaño, instituciones sociales y de gobierno y obras de arte que aun siguen siendo admiradas por el hombre moderno.

El indio estaba deseoso de contribuir con su esfuerzo económico y físico a la edificación de su nueva mentalidad y de su nueva cultura. Aprobó en seguida el trabajo de sus brazos. Cedió terrenos; amasó adobes, taló y aserró árboles; cortó y talló piedra; transportó materiales desde grandes distancias. Y así se alzó la escuela de Warizata. Primero sin apoyo alguno oficial; más tarde, con la ayuda del Estado. Así se fueron levantando cerca de treinta escuelas seccionales, todas con edificios propios construídos por maestros y alumnos; edificios vastos, cómodos, ventilados, con amplios ventanales que invaden el sol y el aire puro del Altiplano.

Cuando la visité, Warizata disponía de campo de ejercicios, canchas de deportes, instalación telefónica y de luz eléctrica, vehículos de transportes, un hotel pequeño para los visitantes, una fábrica de tejas, un taller de alfombras de tipo persa pero con motivos tiahuanacotas e incaicos, un taller de pintura y escultura, otros de sastrería, carpintería, herrería y mecánica, otro de costura y tejidos, un museo, baños, una bomba para provisión de agua, etc. El moblaje de la escuela, decorado en estilo nacional, mesas, sillas, catres, ventanas y puertas han sido construídos en la escuela, por los propios alumnos, que visten también prendas confeccionadas por ellos. Creo haber dicho ya que la decoración de los frentes de la escuela, esculturas y bajorrelieves de granito de la región, ostentando motivos incaicos o preincaicos, son también obra de la mano de los alumnos, acertadamente orientados por maestros abnegados y sabios como Manuel Fuentes Lira.

En ese ambiente de adhesión a las fuentes nativas y a la tierra madre se desarrolla la personalidad del niño indio. La inteligencia de la pedagogía allí instaurada consiste en no haberlo apartado de su mundo. El indio adquiere una conciencia cívica y, al mismo tiempo, los elementos que le permiten sentirse hombre apto y poder aplicar a su vida esas aptitudes. La educación pretérita ignoraba tales ventajas. Acentuaba, primero, con el contacto del niño blanco, el complejo de inferioridad racial; subrayaba las diferencias y hacía del niño indio un postergado, un ser negativo e ineficaz; y, luego, le administraba una educación inadecuada que, más tarde, lo convertía en un desarraigado, al dotarlo de conocimientos que lo obligaban a actuar en un medio ajeno al suyo, entre gentes e instituciones que lo rechazaban o no le eran cómodas. No es, pues, extraño que de ahí surgiese un malentendido que se condensa en una frase que los denigradores gratuitos del indio gustan de repetir a menudo; es la que dice: "El indio instruído se convierte en el enemigo de su propia clase". Lo que ocurría, lo que ocurre aún, en cierto grado, es que la falsa educación hacía del indio un ser flotante, sin asideros sociales, que no podía incorporarse a una clase con módulos propios y definidos, inaccesibles para él, ni volver a aquella de que procedía, en la que la técnica o la enseñanza adquiridas eran como nuevos órganos monstruosos y sin utilidad, que le impedían moverse para actuar.

La organización misma de la escuela en Warizata revoluciona los métodos pedagógicos. Veamos lo que dice Abraham Valdez, una de las mentalidades sobresalientes de su generación, autoridad en materia indigenista, comisionado por el gobierno para emitir un informe sobre la educación indigenal: "Los diversos trabajos materiales y la atención de la escuela están a cargo de las siguientes comisiones, compuestas por uno o dos profesores, un "amauta" y uno o dos alumnos: de gobierno, hacienda, agricultura, actividad fabril, aguas, depósitos, deportes, higiene, construcciones, educación, talleres y jardinería. Cada una de estas comisiones atiende durante medio día las labores pertinentes a su actividad; algunas trabajan todo el día, y todas están bajo el control del director. Se ha establecido la práctica de los trabajos colectivos, en los que participa la casi totalidad de los alumnos, como una forma de cooperación en las tareas materiales de la escuela. Es eventual, y dura dos horas. La división de las secciones responde a las finalidades de una escuela matriz. En cuanto a las comisiones, este sistema es igualmente eficaz, si se tiene en cuenta que la responsabilidad de los trabajos recae sobre cada equipo —profesores, "amautas" y alumnos—, permitiendo a éstos participar, en cierta forma, en la marcha de la escuela y adquirir experiencia y utilidad práctica".

Las deliberaciones que atañen a la vida y a los actos de la escuela tienen lugar en el "Parlamento de los Amautas". "Se denomina así a las reuniones semanales de profesores, de los "amautas" —campesinos meritorios por su interés en favor de la escuela— y de los alumnos del último curso normal. En ellas se informa a la asamblea sobre todas las cuestiones de régimen interno del establecimiento, el trabajo de las comisiones, y se debaten los problemas que la marcha de la escuela viene planteando. Es una manifestación democrática del ambiente escolar renovado y un medio de control".

Esa atmósfera de cooperación unánime y responsable, de mayores y pequeños, de doctos y aprendices, semillero de grandes realizaciones, tiene que dar por fuerza grandes frutos. Es emocionante asistir a las faenas agrícolas en las sementeras que posee la escuela. De las comunidades próximas acuden grupos de campesinos voluntarios, en los períodos dispuestos para la cosecha, la siembra o la trilla. "Me dieron la impresión —comenta Valdez— de que no concurría a una faena pesada sino a un ejercicio deportivo, a una ceremonia que presidían unos invisibles dioses penates. En estas concentraciones los campesinos fraternizan; puede notarse el tratamiento respetuoso a los ancianos o a los que, entre ellos, tienen alguna autoridad. En los descansos, se sirven su merienda; conversan, hacen bromas y ríen; ríen con una risa ancha y jovial. Risa sin estridencias ni rictus nerviosos, signo de buena salud física y espiritual".

Este mismo ánimo reina en las demás actividades, todas ellas regidas por un saludable espíritu de euforia vital. Ver actuar ese espíritu fué para mí otro espectáculo tonificante. Se había llegado a decir —¡cuántas afirmaciones absurdas no se han emitido a costa del indio, por estadistas despreocupados, pedagogos miopes o escritores necios y sin sensibilidad!— que el indio ignoraba la risa, que el indio era un ser de una huraña ingénita, de una hosquedad sombría que bajaba de los obscuros ancestros de su raza. Literatura seudocientífica inepta. Y, sin embargo, cuántos errores se cometieron a su sombra.



De arriba a abajo: *Grupo de amautas que interviene en la dirección de la comunidad. — Niños confeccionando las telas para sus propios vestidos. — Frente de la escuela. — Grupo de profesores y padres reunidos para deliberar acerca de todos los problemas que se plantean en la escuela. Sentado, con traje blanco, el creador de este experimento, Elizardo Pérez. — Otro núcleo de maestros y colaboradores.*

La misma mentalidad afirmaba que el indio era un ser naturalmente reacio a la cultura y a las letras. Fueron los propios indios, empero, los que ofrecieron a Pérez tierras comunitarias para que construyera una escuela indigenal, y fueron sus propios brazos los que modelaron el adobe, cocieron los ladrillos, voltearon los árboles y serrucharon la madera, trajeron la piedra de canteros distantes y la labraron, alzaron los muros y los pintaron, fabricaron los bancos y las alfombras, y trajeron después a sus hijos para que escucharan las lecciones del maestro.

El milagro de Warizata cundió rápidamente. Y las escuelas indigenales, con y sin apoyo del Estado, comenzaron a brotar en punas y quebradas, en llanos y serranías. El Estado se encargaba de dotarlas, después, de maestros. De la Vocalía de Educación Indigenal del Consejo Nacional de Educación depende la Brigada Cultural, que recorre las más apartadas comarcas del Altiplano y sus aledaños, suscitando entre las masas campesinas el interés por la educación. Me refería el Dr. Alberto Laguna Meave, jefe de la Brigada, que en un perdido confín de la frontera con el Perú, en Sacaquiría, región de arenas y pajonales, los indios campesinos se entusiasmaron por el progreso de su clase y una asamblea de ellos hizo entrega de tierras aptas para la construcción de una escuela. Los miembros de la Brigada habían llevado consigo un pequeño receptor de radio, y uno de los indios preguntó por qué ellos no podían poseer uno, y dió el dinero para adquirirlo. Otro interrogó por qué la escuela y, como consecuencia, la comunidad, no podía usufructuar de un elemento de progreso como es el teléfono, y se brindó a financiar su instalación. En otros lugares los indios abren caminos para que puedan llegar hasta su apartado aislamiento los camiones de la Brigada Cultural. Todo ello, desmintiendo las afirmaciones de los que sólo ven en el indio un elemento negativo, una rémora del progreso nacional. Principalmente, las pequeñas autoridades lugareñas, autores clásicos de esos infundios, pues al amparo de ellos explotan al indio.

"Durante mi permanencia en Warizata —dice Valdez— recibí muchísimas delegaciones de campesinos, comunarios principalmente, que solicitaban nuevas escuelas. La forma cómo vienen imponiéndose en el campo estas escuelas seccionales, no obstante las francas o veladas resistencias de algunos terratenientes y de autoridades menores, empapados de ruralismo miope (y más enemigos de la civilización que el propio indio), es un índice de la forma auspiciosa en que han sido recibidos y de la conciencia progresista de millares de indios aymaras."

¿A qué maestro de vocación no colmará de satisfacciones trabajar con un material de una plasticidad tan cálida, de una predisposición tan manifiesta? Elizardo Pérez fué uno de esos maestros afortunados, y sus frutos no tardaron en madurar. Alejado Pérez de esa tarea, lo reemplazan ahora maestros indígenas, salidos de Warizata, moldeados por las manos prodigiosas de aquél.

Y nuevas generaciones de campesinos reciben, a lo largo del país, los bienes de la educación, que cae como agua de lluvia benefactora en campos fecundos pero secos y sedientos.

Warizata constituye una enseñanza, no sólo para Bolivia, sino para América, donde hay masas de población campesina en condiciones parejas a las aymaras y quechuas de Bolivia. Warizata ha dado el ejemplo, y aunque es un organismo joven en pleno desarrollo, cuyos alcances todavía no se conocen definitivamente, puede decirse que junto con el ejemplo da la solución para un problema secular, con hondas raíces en la estructura social de pueblos como México, Perú, Ecuador, Colombia, Chile, Venezuela.

Y ya es bastante alentador que mientras las miradas de muchos hombres llenos de conocimientos, en Europa, se concentran en la observación de los experimentos de un nuevo tipo de bomba destructora o de un submarino devastador de vidas, en América se concentran en la observación de una modesta escuela indigenal, perdida en un rincón del Altiplano, pero de cuyos resultados dependen, en cierto modo, la felicidad de muchos millones de hombres americanos y, como consecuencia, el bienestar mayor de numerosos países. Así lo certifica el hecho de que maestros de diferentes naciones americanas, Estados Unidos inclusive, acudan constantemente a Warizata, para observar de cerca el proceso y los frutos del ya famoso experimento educacional.

Los mismos niños indígenas se encargan allí de explicar a los visitantes los alcances de la obra; les sirven de cicerones, les refieren las grandes hazañas de su raza, dueña indiscutible de América, y por la tarde, cuando el sol del Altiplano se esconde tras los altos picachos de los Andes, iluminándolos por dentro, como si fuesen de transparentes cristales rojos, empuñan los viejos instrumentos nativos, *quenas, tarkas, sicus y pinquillos*, y ofrecen a sus huéspedes conciertos de *huayños, de kaluyos*, de *kachuas*, en cuyas notas resuenan la poesía y la grandeza de un pueblo de granito, de nieve y fuego, como los Andes. O entonan las canciones de la Escuela, compuestas por ese fervoroso maestro que es el compositor boliviano Antonio González Bravo, en coros multitudinarios que corren por la vasta extensión de la pampa, enredándose en el viento del Altiplano, como un anuncio de libertad en la unión y la fuerza, como reza el emblema patrio.

Para dar remate a este artículo, reproduciré íntegramente un párrafo del mencionado informe de Abraham Valdez, que resume en forma clara y concisa lo que representa Warizata para un criterio inteligente y visionario. "El núcleo de Warizata —afirma Valdez—, debe ser considerado como un valioso experimento pedagógico y social, en la obra educativa del campesino aymara. Tiene el incuestionable mérito de haber vencido múltiples factores diversos que, en nuestro medio, se oponen a la rehabilitación del indio. Nueve años de esfuerzos y perseverancia, colocan a Warizata entre los ensayos más serios, logrados en los países que confrontan igual "problema". A sus realizadores no se les puede pedir normas ni métodos definitivos, pues toda experiencia requiere del factor tiempo para evidenciar sus resultados. Más aun si se trata de un aspecto educativo al que no pueden aplicarse las doctrinas o normas de tipo occidental.

"La educación que se imparte en el núcleo de Warizata, no es exclusivamente alfabetizadora, pues, contando con talleres, centros de actividad artística, deportiva y otros, se ha contemplado la modalidad aconsejada por especialistas, en el sentido de dar a los alumnos las posibilidades de una educación integral, orientándola hacia su mejor capacitación como productor agrícola.

"El sistema de irradiación de escuelas seccionales que se ha establecido, permite la progresiva y sistemática difusión de nuevos planteles, con la decidida cooperación de los campesinos, firmemente empeñados en dotar a su raza del instrumento necesario para forjar su emancipación espiritual. Creando al mismo tiempo un nuevo tipo de hombres, transidos de pasión, con la mente aireada y el corazón amplio, que ya se vislumbra en los jóvenes indígenas de Warizata".

OSCAR CERRUTO

HACIA LA VICTORIA DE LA HUMANIDAD

Desde BOLIVIA

Por el Dr. Josermo Murillo Vacareza

Lo evidente es que la guerra actual constituye un portentoso movimiento convulsivo del mundo entero, porque no es solamente el choque de dos sistemas, o la lucha por la supervivencia de un sistema, sino la conclusión de una era para la iniciación de otra; la guerra en sí no es más que la consecuencia biológica de esa violenta transición que, dialécticamente, constituye la explosión revolucionaria.

En la mente de los más reacios y conservadores se ha formado ya la convicción de que la humanidad no podrá seguir viviendo como antes de este conflicto, y que junto con la estructuración de nuevos regímenes políticos inspirados en las grandes determinaciones económico-sociales, hasta la víspera miradas con temor, han de surgir instituciones que un hombre hermético de la preguerra no habría admitido jamás; es porque los diques han llegado a su máximo de resistencia.

La primera irrupción se ha hecho en el campo espiritual; todos los hombres de letras, los sociólogos, los políticos, los militares, han tenido que convencerse de que es urgente profundizar todo lo que se refiera a saber cómo ha de surgir la humanidad, el "mundus novus" en cuanto esta guerra concluya.

"Esta es una guerra del pueblo, una guerra que no puede ser considerada como ganada mientras no estén asegurados los derechos fundamentales de los pueblos de la tierra. La época del imperialismo ha terminado. La destrucción del comercio internacional por una minoría especial de intereses prosperó en el mundo anterior a la guerra y abrió camino a la dictadura y al militarismo ahora desenfrenados. El problema que confrontaremos cuando lleguemos a los años del período posterior a la guerra, no será primariamente el de la producción para que el mundo pueda producir prontamente lo que la humanidad necesita; el problema será más bien de distribución y de poder de compra, de establecer un mecanismo por el cual lo que el mundo produce pueda ser distribuído equitativamente entre las naciones del mundo, de establecer un sistema por el cual los pueblos del mundo puedan obtener las mercaderías y servicios del mundo".

Estas frases, antes de la guerra actual, habrían quedado circunscriptas detrás de ese "cordón sanitario" que el imperialismo hiciera a la U. R. S. S. y quien las hubiera pronunciado, así fuere un Upton Sinclair en los Estados Unidos, o cualquier otro apasionado teorizante en la América latina, habría sido sujeto a proceso y a condena. Pero las dijo hace más de un año el subsecretario de Estado de Estados Unidos; y de entonces a esta parte, Mr. Cordell Hull, recién llegado de la conferencia tripartita de Moscú, hace un panegírico del régimen y del fervor que ha creado que parece un verdadero agente revolucionario. Pero ni él ni nadie ha pensado en hacer propaganda de un sistema; hablan así porque es la historia la que por intermedio de ellos se viene manifestando, y porque el fenómeno sociológico más estupendo conmueve todas las mentes.

Y es porque la guerra actual está haciendo y realizando la "revolución social", que encontramos planteada en las tesis que creíamos las más extremistas. Es posible que aun queden algunos espíritus que se sobrecojan al escuchar esas dos palabras juntas, y crean que, tal como asociaron sus ideas con ese concepto, signifique saqueo, depredación y violencias individuales; pero es necesario que no ignoren que esa "revolución" ha comenzado precisamente dentro de esta guerra, porque la guerra misma es la revolución, es el movimiento sísmico de la humanidad; en el fondo, ese afán primario de constituir un "nuevo orden" e imponerlo con fusilamientos en masa, no fué más que una de las desviaciones teratológicas de los impulsos biológicos y cósmicos que iban acrecentándose y acumulándose en el mundo día a día y que dieron a estos momentos de la guerra inevitable.

Es cierto que en todas las guerras hay siempre una revolución, por circunscripto que pareciere el campo de aquellas; de ninguna el hombre salió el mismo ni retornó, por mucho que lo hubiera parecido, a sus viejas modalidades; pero, cuando más elementos se concitan para una conflagración, la revolución es más visible. Las guerras púnicas, las cruzadas, la guerra de los Treinta Años, las campañas napoleónicas, la guerra del 14, han dejado una imborrable configuración nueva en la Humanidad, que hubiera parecido sacrílego propugnar antes de que los espíritus y las naciones se hubieran predispuesto a esas conmociones.

Si bien la guerra no ha llegado a nuestro continente en forma de batallas campales, en cambio ha percutido hondamente en su espiritualidad; liquidada la pobreza de nuestras masas por la desaparición de los privilegios de clase, y cuando el bajísimo nivel de cultura hubiera pasado a la historia de la preguerra, nuestros países tienen que hacerse poderosamente resistentes a cualquier anacrónico intento imperialista que tratara de supervivir a base de imposiciones y desigualdades. Debemos tener siempre presente el trágico ejemplo de Polonia.

Parece que este heroico país hubiera tenido siempre el sino trágico y fatalista de ser eterna víctima de repartos y destrucciones y que nunca hubiera podido resistir a sus vecinos; pero lo cierto es que su régimen, con relación a todos los tiempos, fué profundamente anacrónico; así como vivía siglos atrasados con relación a Prusia y a Austria que la desmembraron y borraron, era un país absolutamente feudal hasta 1939; la clase de los terratenientes y aristócratas monopolizaba todo lo más vital; lo económico y lo político, es decir la producción y la distribución, mientras el pueblo languidecía famélico en las aldeas misérrimas y miraba a la América como a un continente de liberación económica. En semejantes condiciones su resistencia era siempre fugaz y todo heroísmo resultó baldío; un país que en dos semanas fué aniquilado.

Por eso ya podemos preguntarnos, desde que la respuesta se irá haciendo, con los días, cada vez más clara: ¿Quiénes vencerán en esta guerra? Para muchos ello significa angustia; para los más hay una gran esperanza, pero para todo el mundo existe una sola convicción. Los más conservadores saben ya que de la guerra surgirán nuevas formas políticas que ya están no sólo insinuadas sino en los comienzos de su estructuración; nuevas instituciones que se hallan en plena práctica no sólo como emergencia eventual sino como creaciones que definitivamente deberán ser perfeccionadas; y un nuevo sentido de solidaridad y justicia, no ya a manera de socorro o auxilio, sino del deber más elementalmente humano, y que se traduce en la forma cómo ha de ayudarse, por ejemplo, a los pueblos de los países ocupados para recuperarles su vitalidad a base de grandes acopios de alimentos, de estímulo a su reorganización y de encauzamiento a su nuevo sistema de vida que los libere, para siempre, de injusticias, de intolerancias, de esclavitud y de temor. Este profundo cambio espiritual es pues el verdadero fundamento de la revolución social y con lo cual ésta se halla hecha.

La guerra pues, y es necesario decirlo con llaneza, no será ganada por los beligerantes visibles de hoy; no será sólo la democracia política la que se reivindique y resurja en forma más amplia y ecuménica, incluso con el archivo de todas las coronas y las dinastías por simbólicas que fueren. Ese "tercer frente" que surgió en Europa dominada y que desafía a los fusilamientos y a los más sangrientos horrores de la represión, es el embrión de aquel que ganará la guerra y por cuya victoria están combatiendo las democracias del mundo, desde que a ese triunfador le han de ofrecer todos los trofeos.

La victoria de la humanidad no sería tal ni significaría ningún beneficio si es que no fuere el pueblo, el hombre, quien gane la guerra, pero no el hombre representado por los generales o los almirantes, los primeros ministros o los diplomáticos, sino el hombre como ente social, como significado biológico, el hombre y el pueblo como seres auténticos de la humanidad.

Esta victoria, que la vemos inevitable, más próxima o más lata según el proceso técnico de los ejércitos en lucha, para ser precisamente una victoria humana, tiene que ser al mismo tiempo la transfiguración del mundo, su cambio radical, o sea la revolución misma, que es lo más humano, lo más cósmico y lo más lógico que se pueda concebir.

La Conferencia Interamericana para los Problemas de Posguerra

La vastedad e importancia de los problemas de la posguerra, cuya solución no se percibe y que urge hallar, ha determinado la convocatoria, por parte de la Unión Panamericana, de una conferencia especialmente dedicada a tal estudio, en la que participarán representantes de las 21 naciones del continente.

Esta reunión se ha de realizar en cumplimiento de un acuerdo adoptado en la conferencia interamericana de ministros de relaciones exteriores efectuada en Río de Janeiro en enero del año pasado, cuyos fundamentos expresan con elocuencia la honda preocupación que existe respecto de estos asuntos.

Es interesante reproducir algunos de sus conceptos, porque coinciden en su enunciación con las ideas expuestas muchas veces en las columnas de esta revista y porque nos permitirá formarnos luego una opinión acerca de las probabilidades de éxito de la Conferencia interamericana para considerar los asuntos de la posguerra.

En el artículo 1º se manifiesta que "la paz del mundo ha de estar basada sobre los principios de respeto al derecho, de justicia y de cooperación que inspiran a las naciones de América".

En el 2º se afirma: "Que un nuevo orden pacífico ha de sustentarse en principios económicos que hagan equitativo y durable el tráfico internacional con igualdad de oportunidades para todas las naciones".

"La seguridad colectiva —dice el artículo 3º— ha de fundarse no sólo en instituciones políticas, sino en sistemas económicos justos, eficaces y liberales". Y en los dos siguientes se establece que es "indispensable estudiar desde ahora los fundamentos de este nuevo orden económico y político", entre otras cosas, para "mejorar el nivel de vida de los trabajadores, defender y conservar la salud de sus gentes y desarrollar su civilización y cultura".

Se trata —como se comprueba— de un programa no solamente reconstructivo sino revolucionario. Porque involucra una profunda transformación social, política y económica, infinitamente más vasta que la posible resultante de una asonada militar, de esas que con tanta frecuencia se repiten en América.

Ahora bien: ¿quiénes son los destinados a resolver cuestiones tan arduas y de tanta importancia para el futuro de nuestros pueblos?

En su mayor parte —es doloroso comprobarlo; pero es imposible negar su evidencia— los hombres que se reunirán en la conferencia convocada para el 6 de setiembre próximo han de ser representantes de gobiernos que en sus países nada han hecho para poner en práctica los principios enunciados. Han de ser voceros de las fuerzas económicas y políticas del actual orden, quienes han realizado hasta ahora y realizarán en el futuro los máximos esfuerzos para evitar precisamente el nuevo orden pacífico que propugnan los fundamentos de la resolución que citamos.

Porque sería demasiado hermoso —excesivamente ingenuo— poder suponer que en una conferencia internacional se han de resolver aquellas cuestiones que provocan el desequilibrio de todo el régimen presente; que han conducido a la humanidad a la tremenda exterminación que significa la guerra total; que no han podido solucionarse por los medios legales del régimen liberal capitalista ni por la violencia y concentración de todos los poderes en el Estado, en los países nazifascistas.

Es necesario reconocer que en América —salvo dos o tres naciones— la palabra democracia implica sólo una ficción. Gobiernos que coartan la libertad de sus pueblos, que los tienen sumidos en la mayor miseria, que mantienen y protegen regímenes de opresión indignos de países civilizados, custodiando y defendiendo intereses de capitales extranjeros o nacionales, ¿están en condiciones de sentarse en torno de una mesa con la pretensión de dilucidar los asuntos que plantea la conferencia interamericana que comentamos?

Es verdad que la mayor parte de ellos, para el exterior, aparecen como demócratas, como consecuencia de su ruptura de relaciones con los gobiernos del eje. Pero en absoluto han demostrado que los ideales de menor alcance, ni siquiera los enunciados en la Carta del Atlántico y en las Cuatro Libertades, hayan tenido comienzo de ejecución en su propia tierra.

Consideramos —y en apoyo de nuestra posición están casi todos los hombres que han contestado en estas mismas páginas la encuesta sobre Paz y Reconstrucción Posbélica— que la solución que se desea hallar debe asentarse sobre bases más firmes y sólidas. La transformación social que se reconoce indispensable debe surgir como consecuencia de un estado de conciencia de que el viejo orden —el actual— ha llegado ya a su punto final. Y que por más que las fuerzas de opresión y la injusticia traten de mantener y prolongar sus ventajas y privilegios, están inexorablemente condenadas. No se les puede exigir, empero, que ellas decreten su suicidio. Por ello es que el impulso reconstructivo, el establecimiento de nuevas formas de organización social, debe emerger del pueblo, de los productores, de los técnicos, de los hombres que no tengan vinculación con el pasado, ni en sus ideas ni en sus intereses.

Por supuesto, no significa esto que expresemos nuestra oposición a la conferencia gubernamental. Comprendemos que ella debe realizarse, porque se ha llegado a un grado en que los problemas golpean con fuerza no sólo en las puertas de los gabinetes diplomáticos sino en las de las cajas de acero. Y que toda esta discusión —en la que simplemente no depositamos mucha confianza— podrá ser beneficiosa si trasciende el círculo a que se ha reducido, siendo motivo de la más amplia dilucidación por parte de los pueblos.

Aunque para ello se requiere algo que tampoco se encuentra en todas partes: libertad.

PROBLEMAS ARGENTINOS

Nos parece interesante iniciar desde estas columnas de HOMBRE DE AMERICA, una serie de trabajos que traten en forma concreta los problemas argentinos de mayor importancia en la actualidad; aquellos que gravitan en sentido depresivo sobre nuestro pueblo, afectando su bienestar económico, su salud, su elevación cultural; aquellos que coartan las infinitas posibilidades que nuestra tierra ofrece para disfrutar en ella una existencia próspera, feliz y libre.

Intentamos con este trabajo hacer algo más que una enunciación de todos los males existentes. Tal vez la pretensión sea excesiva, y nuestra capacidad inferior al propósito que se persigue. Pero procuraremos plantear todos los asuntos con un criterio que nos aleje de las generalizaciones y nos oriente hacia el hallazgo de las soluciones correspondientes.

No quiere decir esto, de ningún modo, que tengamos encerrado en el puño la solución de todos los problemas. Tenemos la presunción de que nadie podría hacer semejante afirmación sin caer en el ridículo o merecer el calificativo de demagogo. Se trata, por el contrario, de esforzarse por encontrar una salida precisa, lógica y factible a los males que ya nos están agobiando, reemplazando lo anacrónico, lo opresivo, lo injusto, por nuevas formas de organización social, política y económica.

Hemos usado el término **reemplazar.** Y queremos insistir en él, porque ha llegado el momento en que no es suficiente la mera crítica, negativa y destructora; en que nada puede intentar derribarse si no se ha dispuesto lo que pueda sustituirlo.

Previamente, hemos hecho una enumeración de los problemas que a nuestro juicio requieren estudio más urgente y profundo. Y comprobamos que son tantos y tan vastos, que sería contraproducente considerarlos superficialmente. En primer término es necesario hacer una discriminación entre las cuestiones de carácter permanente, o por lo menos crónico ya, y las de índole circunstancial. Entre éstas, la más grave sin duda es la situación que se nos plantea como consecuencia de la conmoción provocada por la guerra y las repercusiones que tendrán en nuestro país las trascendentales reformas de la reconstrucción posbélica que se está planeando en todo el mundo. Uno de los aspectos más decisivos es el relacionado con las industrias nacionales, porque llegará un momento en que los mismos hechos determinarán cuáles son las que tienen una base racional y cuáles son ficticias, surgidas por motivos circunstanciales o protegidas artificialmente.

Y entre los problemas de carácter permanente o crónico, existen cuestiones tan vitales como el tremendo desequilibrio entre la población urbana y la rural; la centralización y absorción por parte de la Capital Federal de las energías de todo el país; la situación de todo el Noroeste argentino, condenado a la mayor miseria y a una vida indigna dentro de un país civilizado; la realidad de las gobernaciones nacionales, colocadas en situación de tierras invadidas por el gobierno central, las que se succiona y exige la máxima contribución, sin compromiso de retribuir nada; la falta de vinculación de una provincia o territorio con otro, porque los ferrocarriles, desde la Capital Federal, se abren en forma de abanico hacia el interior, no habiendo medios de relación entre sí; la necesidad vital de hacer que el país respire los aires del Pacífico, dando vida a todas las poblaciones sofocadas por la clausura de las comunicaciones transcordilleranas; la insuficiente población para toda la superficie de la nación, y su distribución deficiente; y otras preocupaciones tan ineludibles como el estado sanitario del país y la educación popular, sin llegar a hablar de cultura...

Nos limitaremos, en esta nota, antes de entrar de lleno a la consideración de alguno de los problemas señalados, a explicar con mayor amplitud por qué conferimos importancia al estudio de los mismos, desde qué punto de vista los vamos a enfocar y a qué conclusiones nos interesa arribar.

Existen dos maneras diametralmente distintas para realizar un trabajo de esta índole: Una es criticar todo lo malo, demostrando en forma documentada la realidad, poco grata siempre, y señalando una solución ideal, aunque su efectivación no entre en el terreno de lo posible. Y la otra consiste en abstenerse de formular planes que de antemano se saben irrealizables; indicando en cambio, en la forma más clara, qué y cómo es posible reconstruir, perfeccionar, superar, destruir y reemplazar en un futuro inmediato, con las fuerzas que se poseen, con los elementos y posibilidades reales existentes, estimulando la lucha para lograrlo.

Nos pronunciamos sin vacilación por el segundo método, que no es reformismo, ni conformidad con el presente, ni falta de valor para sostener hasta sus últimas consecuencias un ideal. Los hombres y más aun las masas necesitan ideales que satisfagan plenamente sus anhelos y aspiraciones, y siempre serán requeridas acciones audaces, esfuerzos sobrehumanos para alcanzar metas al parecer inaccesibles y derribar bastillas aparentemente inexpugnables. Pero lo que desechamos son las abstracciones, son las fórmulas teóricas que el pueblo no entiende ni comparte, es la actitud del que se niega a podar e injertar un árbol con la esperanza de que algún día pueda plantarse en su lugar uno nuevo, cuya semilla aun no ha sido sembrada.

Como ejemplo práctico de lo que pensamos al respecto, vamos a referirnos al hecho ya mencionado de la organización de nuestros ferrocarriles. Son muchos los autores que han demostrado en forma fehaciente sus tremendas inconveniencias de todo orden: la distribución de las líneas férreas, aparentemente absurda, pero que responde a los intereses de los beneficiarios de la producción e industrias de exportación —por la vía del Atlántico—; su falta de conexión con los medios de transporte fluvial, que son mucho más económicos; los múltiples trastornos ocasionados por las diferencias de trocha; el aislamiento en que ha sumido a vastas zonas del país, al radiarlas de los cauces económicos creados artificialmente.

¿Sería constructiva la enunciación de un plan de reforma total, que implicara el levantamiento de la mayor parte de las líneas actuales, construyendo en cambio numerosas de Este a Oeste, como fuera lo más racional, desde los puertos del vasto litoral fluvial y marítimo hasta la cordillera? ¿O el reemplazo de todo el material y vías de los ferrocarriles de trocha inferior, uniformándolos con los restantes?

Puédese afirmar que incluso en el caso de una vastísima transformación social, no se emprendería esa tarea de inmediato. Pero mientras tanto hay mucho que hacer, para evitar los males que se han señalado. Y sin ahondar demasiado, nos parece que se hallarían apreciables soluciones construyendo otras líneas con un criterio nuevo; prolongando ramales de las existentes; habilitando el trasandino y concluyendo el tramo argentino del ferrocarril a Antofagasta; instalando el tercer riel que posibilite la circulación del material de otras líneas; coordinando los medios de comunicación con otros transportes, especialmente marítimo y automotor.

"Propugnamos una profunda transformación —decíamos en el número 17 de HOMBRE DE AMERICA— pero no podemos ignorar que antes de lograrla, y aun después de obtenida, perdurarán numerosos hechos y circunstancias que no pueden modificarse por decretos; hechos y circunstancias que son consecuencia de siglos de opresión y de educación falsa, de vicios y engaños trasmitidos a través de generaciones, cuya extirpación requerirá largo tiempo.

"Sin perder de vista los objetivos ideales, bajo su estímulo e inspiración, procuramos extraer del presente el máximo de sus posibilidades. Con los materiales existentes —no con los escombros de esta sociedad ni con la promesa de piedras preciosas que algún día se hallarán— queremos erigir nuestras construcciones. Es una ardua tarea de selección y de aprovechamiento aun de lo que parece inútil, de rescate de lo que no está contaminado incluso en los focos de mayor infección".

Y ahora vamos a sintetizar nuestros objetivos; qué nos proponemos al plantear los problemas con este criterio y procurando la colaboración de todos los que coincidan con estos propósitos.

Tenemos plena conciencia del estado en que se halla el pueblo argentino y de la limitada influencia que pueden ejercer sobre sus acciones las minorías con ideas renovadoras que no se identifiquen con él; que no estudien, planteen y luchen junto al pueblo por sus necesidades más vitales y sentidas.

Existe en verdad poca disposición hacia movimientos de auténtico carácter popular, y las masas se movilizan y actúan por impulsos circunstanciales, no siempre conscientes. Es la consecuencia lógica de la falta de fe en los dirigentes y orientadores políticos y sociales.

Ningún partido en la actualidad —ni aun mediante las simpatías que otorga el hallarse en obligada falta de participación en los poderes representativos— interpreta los sentimientos y las aspiraciones del pueblo. Por el contrario, la mayor parte de ellos los subestiman y no los tienen en consideración. Hay naturalmente algunos que han hecho público lemas auspiciosamente acogidos, sobre todo acerca de los asuntos de orden exterior e institucional. Pero con referencia a las cuestiones más candentes, a las que podrían tener la virtud de levantar los ánimos a los hombres del pueblo, disponerlos a la lucha, haciendo que las sientan con el pulso y el ritmo de la propia vida, existe absoluta despreocupación y olvido.

Tenemos la obligación de estudiar los problemas y comprender cuáles son los más urgentes, los que podrían interesar y predisponer hacia el logro de sus soluciones a grandes núcleos de hombres. Debemos ayudar a vastos sectores de la población argentina a elevarse de la miseria económica, la insuficiencia física y la depresión moral en que están sumidos.

Abrigamos la esperanza de que esto se vaya realizando, porque son numerosos los hombres que están comprendiendo tal necesidad. Y tal vez haya muchos dispuestos también a aportar ideas y esfuerzos para que se materialice a la mayor brevedad.

A L F R E D O   M I G U E Z

SENTIDO HISTORICO DE LA LIBERTAD DE PENSAMIENTO

Es un hecho históricamente proverbial que los tiranos de todos los tiempos y latitudes han profesado un odio a muerte al pensamiento libre y han procurado sofocarlo o trabar su difusión por todos los medios que su espíritu inquisitorial pudo inventar.

Brutalmente incultos y cerriles o bien dotados de amplios conocimientos sobre la naturaleza humana, los tiranos y sus satélites han coincidido siempre en esta finalidad inmediata, esencial para su predominio ilimitado sobre los pueblos; mantener a éstos en la mayor ignorancia posible, imponerles una condición de primitivismo y de infancia mental, evitar toda posibilidad de comprensión sobre sus propios derechos y por tanto la de reivindicarlos prácticamente en actitud beligerante.

El absolutismo primitivo, desempeñado por monarquías de derecho divino, teocracias u oligarquías, trató de lograr esa finalidad cultivando el analfabetismo, haciendo inaccesibles los conocimientos más elementales para la gran mayoría de la población, prohibiendo la investigación científica y sometiendo a severa censura la publicación de libros y periódicos, desde que el progreso de la imprenta hizo más fácil la difusión del pensamiento. Todo afán de ilustración general se hacía sospechoso, toda tentativa de divulgar conocimientos entre el pueblo implicaba una actitud subversiva, un principio de conspiración contra el régimen. La cultura era un lujo que sólo podían permitirse los poderosos. En cuanto a la masa de los súbditos, no debía conocer otra enseñanza que la rudimentaria y falsa que impartían los hombres de iglesia, políticamente antecesores de los funcionarios de la propaganda oficial, creados por los actuales regímenes totalitarios.

Pero ese sistema de conservación política basado en el fomento de la simple ignorancia se reveló finalmente impotente ante la constante acción libertadora del pensamiento libre y desinteresado. A pesar de los tribunales de la santa inquisición, a pesar de los autos de fe, de los *index*, los ergástulos, las horcas y las bastillas, el pensamiento se afirmó triunfalmente sobre las ruinas de los sistemas que habían pretendido ahogarlo. Cayeron las monarquías absolutas, se aventaron los bárbaros dogmas del oscurantismo, se proclamaron los derechos del hombre, del ciudadano, del productor. La tiranía, el autoritarismo extremo, hubo de batirse en retirada, tomar formas abstractas, buscando un refugio en las nuevas instituciones que iban surgiendo al impulso de las revoluciones populares.

El último imperio absolutista que basó su estabilidad en la pura y simple ignorancia del pueblo, el imperio de los zares moscovitas, fué prácticamente vencido y derrumbado por la tesonera y heroica acción de los hombres y mujeres que llevaron a la masa oprimida el conocimiento de las letras y nociones elementales de cultura, no como simple pasatiempo, sino como instrumento revolucionario de liberación.

Esa lección histórica fué aprendida por el absolutismo moderno, representado por los sistemas totalitarios, cuya gravitación opresiva es más funesta para el desarrollo espiritual de los pueblos, por lo mismo que disponen de instrumentos más eficaces de opresión. Los actuales dictadores totalitarios odian el pensamiento libre no menos que sus lejanos antecesores históricos. Igual que aquéllos, consideran peligroso y subversivo que el pueblo conozca la verdad y opine por su cuenta sobre los problemas de la convivencia social que le afectan. Pero en lugar de confiar en el analfabetismo, en la ignorancia crasa y la limitación cuantitativa de los vehículos de cultura, apelan a otro medio más nocivo y acorde con la técnica moderna: *al monopolio estatal* de la cultura, al control oficial de todos los medios de difusión de ideas, opiniones y conocimientos; a la monstruosa tentativa de imponer el *pensamiento dirigido*, a la manera de los antiguos, sagrados e intocables dogmas de la iglesia.

Hay, evidentemente, un rasgo común entre el antiguo y el nuevo sistema de aniquilar la libertad de pensamiento. Es el objetivo de la *uniformidad* de creencias, del abyecto sometimiento a la tiranía, de la adoración del poder. El ignorante resignado o fanático, como el hombre moldeado por una falsa cultura, chauvinista y estatólatra, constituyen el mismo material humano adecuado para la consolidación de las dictaduras. Con esta diferencia: que el ignorante, cuando deja de serlo, al ponerse en contacto con el conocimiento de la verdad, puede insurgir de inmediato contra los viejos ídolos. En tanto que el "fanático ilustrado", imbuído de pedantería estatista, es por lo general un sujeto irremediablemente perdido para la causa de la libertad y de la verdadera cultura. Es un mutilado de la inteligencia y del sentimiento cuya rehabilitación es poco menos que imposible.

De ahí el ardiente afán de los dictadores actuales por controlar todos los medios de difusión del pensamiento y por imponer una cultura dirigida, del mismo modo que imponen una política dirigida y una economía dirigida. La finalidad de estos bárbaros modernos es la misma que animó a sus lejanos antecesores históricos que quemaban bibliotecas junto con los pensadores heréticos. Quieren destruir el espíritu de libertad, imponer un acatamiento total a los pueblos, reinar sobre grandes conglomerados de esclavos voluntarios. La libertad de pensamiento, condición previa, ineludible, para todas las demás libertades, es por esta misma razón, la primera en ser atacada y suprimida por los dictadores o aspirantes a dictadores. Se considera un delito opinar en sentido divergente o contrario a la verdad oficial y a poco aquél se convierte en el delito máximo, pasible de las más extremas sanciones. En nombre de la patria, del orden constituído, de la seguridad del Estado o de cualquier abstracción, se persigue a los hombres que son leales a su propia conciencia y sólo buscan el bien de sus semejantes, considerando que éste jamás puede cimentarse sobre la mentira y la opresión. Así se trata de intimidar a los timoratos, mientras se atrae con dádivas y sinecuras a los venales y corrompibles. Finalmente, se toman todos los medios de irradiación de ideas y conocimientos, desde la escuela primaria hasta la universidad, desde la radio hasta la prensa, poniéndolos al servicio del monopolio oficial de la cultura, para la gran tarea de mutilación del pensamiento que es el llamado *pensamiento dirigido* y se tiene el más eficaz y monstruoso de los mecanismos de opresión que haya inventado el espíritu enfermizo de los enemigos de la libertad.

Afortunadamente para el progreso humano y muy particularmente para las jóvenes generaciones que han de iniciarse en la vida pública, el bárbaro sistema basado en aquel mecanismo está fracasando a nuestra vista y amenaza desmoronarse en todas partes donde fué impuesto. No ha hecho falta una lucha de siglos ni la experiencia de muchas generaciones, para demostrar la imposibilidad de eliminar el pensamiento crítico ni el sano espíritu de rebeldía en que se expresa el afán de liberación de los pueblos. El totalitarismo se halla ya en crisis y si bien pudo moldear centenares de miles de monstruos adoradores de los sanguinarios jefes, no pudo extirpar las aspiraciones libertarias que en lo profundo de la conciencia popular preparaban el resurgimiento, la insurrección, el desquite. Ante la primera evidencia de derrota material del régimen, esos sentimientos comprimidos y ocultos afloran a la superficie, produciendo el derrumbe de las instituciones representativas del régimen, que parecían destinadas a expresar una indefinida era histórica. Tal es el sentido, a nuestro juicio, del clamoroso derrumbe del fascismo italiano y del resquebrajamiento de los sistemas que en él se inspiraron, incluso el espúreo y sangriento de la falange española. Y no pasará mucho tiempo sin que el mismo fenómeno se reproduzca en lo que aun aparece como la formidable fortaleza del totalitarismo nazi.

Precisamente, cuando la terrible bancarrota del fascismo europeo resulta cada día más evidente, es cuando debemos reivindicar la libertad de pensamiento. No deja de ser tristemente paradójico que en muchos países de América sean actualmente una grave preocupación los sistemas y métodos regresivos que están fracasando en todas partes. Pero los hechos son los hechos y a ellos debemos atenernos. Confrontamos en nuestro continente peligrosas tentativas de represión a la libertad de conciencia y de imposición de una especie de regimentación cultural que equivale al *pensamiento dirigido* característico de los sistemas totalitarios. Conviene aclarar que la adhesión exterior a la democracia y a la forma republicana de gobierno —que en muchas naciones no pasan de hipócrita simulación— no impide de la aplicación práctica de monopolios en la divulgación de noticias, ideas y opiniones, bajo el aspecto de las más diversas y complicadas reglamentaciones restrictivas a la libre y elemental expresión del pensamiento.

Se ha dicho que sólo son dignos de disfrutar de la libertad los que hayan sido capaces de conquistarla. Los pueblos de América deberán demostrar su capacidad de defender viejas conquistas que constituyen otros tantos jalones del progreso humano. Entre ellas, la libertad de pensamiento, madre de todas las demás libertades.

A. DIAZ URRIETA

PAZ Y RECONSTRUCCION POSBELICA

ENCUESTA MUNDIAL
organizada por HOMBRE DE AMERICA

1° — *¿Cuáles deben ser a su juicio las características principales de la reconstrucción posbélica?*

a) *En el orden político: ¿Se mantendrá la actual estructura de división por naciones? ¿Se podrán constituir grandes uniones regionales y continentales? ¿Es el federalismo el sistema más adecuado de relación entre los pueblos? ¿Cuáles son las fallas más notorias de los regímenes democráticos que habrá que superar? ¿Cómo impedir que las naciones de mayores recursos o más industrializadas avasallen a los pueblos más pobremente dotados?*

b) *En el orden económico: ¿Cuál será el papel del capitalismo privado? ¿Es conveniente una centralización económica estatal? ¿Se podrá socializar la tierra y aplicar este sistema como solución a otros importantes problemas económicos? ¿Cómo contrarrestar a las fuerzas que pugnarán por hacer perdurar la expansión imperialista?*

2° — *¿Qué contribución puede aportar América a la paz y la reconstrucción mundial?*

3° — *¿Cuáles son los medios más adecuados para hacer que predomine la voz y la opinión de los pueblos, evitando la repetición de los errores de la paz posterior a la pasada contienda?*

H. G. Wells

Pensador y sociólogo inglés, autor de numerosas obras de extraordinario valor, que han sido traducidas a casi todos los idiomas.

La antigua manera de vivir en este mundo está cediendo lugar a un nuevo modo de vivir, y no hay cómo evadir el cambio. Los descubrimientos científicos han modificado la vida en todo sentido y, salvo que nos adaptemos a estas nuevas condiciones, es probable que nos encontremos frente a un desastre gigantesco y posiblemente fatal.

Estos cambios ofrecen dos aspectos principales. Uno es mencionado a menudo como la "abolición de la distancia". Una persona puede viajar hoy alrededor del mundo en menos tiempo que el requerido por un mensajero para cubrir el trayecto de París a Roma hace apenas una centuria, y cuando habla su voz puede ser trasmitida momentáneamente por radio a todas las partes del mundo. En adición, se ha producido un incremento tan inmenso de poder mecánico, tal liberación de energía humana, que faculta a los hombres, bien a cooperar entre sí, bien a esclavizar y oprimir a los demás en una medida hasta ahora inconcebible. Hay más energía física en una sola bomba de 4 toneladas que la que necesitara París para mantener toda su vida y actividades durante una semana en el siglo XVIII. El pasado del hombre ha sido uno de largos períodos de privaciones. Su presente es una imponente tragedia. Posee ahora todo el poder y materia aprovechables para lograr una abundancia y bienestar universales superiores a los sueños de cualquier edad anterior, y está disipando todo en destrucción. Esta guerra ni inició ni acabará con ello. No habrá fin a toda esta matanza, privación y miseria que avanzan ahora de mal en peor, excepto merced a un amplio acuerdo entre los seres humanos de todos los lugares de la tierra, de ponerle fin. *La mera victoria de un poder sobre otro no pondrá fin a nada si las funestas tradiciones que recibimos del pasado no son también derrotadas.*

¿Qué tiene que terminar, y qué tiene que empezar, si han de restablecerse la esperanza y la felicidad? Lo que tiene que terminar, en una palabra, es la competición por aventajar a nuestros prójimos, que no es competición por el honor y privilegio de servir a la humanidad, sino competición por dominarla. La competición en los negocios, la competición entre Estados y naciones, la competición entre comunidades que se imaginan ser particularmente privilegiadas y superiores. Esta guerra espantosa del presente se debe en gran parte a una ilusión enfermiza de la muy mezclada variedad de poblaciones de habla alemana, de que constituyen el pueblo elegido. No son los primeros que se han dejado llevar por esta ilusión, pero puede que sean los últimos. Esa es nuestra esperanza. Pero jamás había parecido posible a una nación agresora el dominar todo el planeta. Esta contienda militar es sólo consecuencia del inmenso desastre que la competencia por aventajarse puede infligir a la humanidad. La competencia comercial, equipada con estos nuevos poderes, ha culminado en monopolios mundiales que estrangulan toda libre iniciativa. Nunca ha sido tan clara la amenaza de una combinación de tiranía política y económica sobre nuestra raza.

¿Qué puede hacerse? Tenemos ciertos precedentes. ¿Nos servirán en la presente crisis?

Los llamados países democráticos o parlamentarios de Europa y las Américas han tenido en el pasado la práctica consuetudinaria de hacer frente a cada acrecentamiento y centralización del poder con una afirmación vigorosa y definida de los derechos individuales del hombre. Durante muchas generaciones han tenido la costumbre de efectuar declaraciones del derecho individual a la libertad. El estudiante de historia recordará una gran lista de imponentes documentos, comenzando por la Carta Magna inglesa, a través de una serie de peticiones y declaraciones de derechos, la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, *les Droits des Hommes* de Francia, hasta la Carta del Atlántico de la época presente. Todos han servido su propósito de afianzar la libertad. Existe sin embargo la impresión de que en estos momentos, frente a mayores concentraciones de poder que las que fueran jamás logradas, es necesario hacer que los resortes de protección de la vida ordinaria funcionen más rápida y universalmente que hasta ahora. En todo el mundo un creciente número de personas se inclinan a la convicción de que hace falta algo más que grandes promesas y manifestaciones por parte de los que se encuentran en encumbradas posiciones. Piden algo más que proyectos y garantías. Piden que en todos los lugares del mundo que se unifica a nuestra vista, *la ley fundamental de la comunidad* esté basada en los derechos naturales y universales del hombre, que constituyen derechos a lo cuales las personas responden natural y necesariamente. Y tras considerable esfuerzo y discusión han redactado una exposición de estos derechos, exposición que se interpondrá en cualquier parte entre cada ser humano y cualquier tentativa de esclavizarlo. En su molde final, esta ley fundamental tiene que ser hecha aplicable a cada ser humano, de cualquier color, raza o casta, en cualquier parte de la tierra, si es que nuestra libertad va a afianzarse. Y su texto es el siguiente:

1. Derecho a vivir.

Cada ser humano, hombre o mujer, goza de los derechos asentados en esta Declaración. Cada uno es propietario en condominio del mundo y de todo lo que la humanidad haya acumulado antes de su nacimiento: la tierra y el mar, saber, inventos, poderes y posibilidades. Es la criatura de la humanidad y tiene igual derecho a alimentos, vestido, atención médica, y a hacer todo lo que pueda por y para el mundo desde su nacimiento hasta su muerte. Los seres humanos difieren muy ampliamente entre sí, pero todos son iguales ante la ley.

2. Protección de menores.

La protección natural de los menores está a cargo de la familia en el seno de la cual nacen. Si esta protección no fuera otorgada, el menor debe ser protegido por la comunidad. Un niño deja de ser un menor cuando es capaz de asumir una participación completa en la vida de la comunidad.

3. Libertad de trabajar.

Cada uno debe proteger los derechos de los demás de acuerdo con sus aptitudes. No necesita trabajar. La comunidad debe, sin embargo, encontrarle trabajo cuando lo pida. Es su derecho.

4. Derecho de ganar dinero.

Toda persona tiene el derecho de ganar dinero. Debería existir un tipo único de moneda en todo el mundo y un tipo uniforme de pesos y medidas para el comercio. Cada uno merecerá ser pagado según lo que su trabajo valga para la comunidad o lo que alguien desee darle por lo que haga. Podrá ser pagado por llamar la atención sobre un producto o hacerlo llegar a quienes no lo obtendrían si no fuera por él. *Pero no es legal la compra, retención y venta en beneficio propio, sin prestar servicio alguno.* Esto es especulación. Aporta ganancias creando privaciones. Ha sido la maldición del anticuado sistema que va desapareciendo. Tales ganancias son obtenibles sólo por medio de monopolios, apropiación, acaparamiento y similares actividades estranguladoras. Es igualmente ilegal para individuos particulares y para entidades públicas administrativas.

5. Derecho de posesión.

Una persona puede disfrutar sus ganancias legítimas, y la comunidad debe asegurarle completa protección contra violencia o robo. Cada persona o su familia pueden poseer una vivienda privada, de tamaño razonable, a la que sólo se podrá entrar con su consentimiento, excepto por alguien con una autorización escrita fundada en ley.

6. Libertad de movimiento.

Una persona puede moverse libremente en el mundo por su propia cuenta. Mientras sus movimientos no infrinjan el dominio privado de cualquier otro ciudadano, lesionen, desfiguren u obstruyan lo que no es suyo, interfieran con su legítimo uso o menoscaben seriamente la felicidad de los demás, tiene el derecho de ir y venir a su libre albedrío, por tierra, aire o agua, por cualquier clase de país, montaña, erial, río, lago, mar u océano, en éste, su mundo.

7. Derecho de aprender.

Toda persona tiene derecho a la enseñanza, información y noticias necesarias para poder hacer el mayor uso de sus aptitudes.

8. Tiene el derecho de libre pensamiento, discusión y culto.

9. Libertad personal.

Está basada en lo que en la jurisprudencia inglesa y americana se conoce por el derecho de *habeas corpus*. Requiere cuidadoso estudio por parte de los que no estén familiarizados con las acciones legales. Excepto cuando autoridad competente halle que una persona constituye un peligro para sí misma o hacia los demás, a causa de locura —determinación que debe reiterarse dentro de los siete días y reconsiderarse por lo menos anualmente— dicha persona no podrá ser detenida por más de veinticuatro horas, salvo que sea acusada de un delito definido. Ni podrá ser detenida por un período mayor de tres meses sin ser sometida a proceso o juicio. Con anticipación razonable a su juicio, deberá proporcionársele una copia de la evidencia en su contra. A la expiración de esos tres meses, si no ha sido juzgada y declarada culpable, deberá ser absuelta y puesta en libertad. Ninguna persona puede ser juzgada dos veces por un mismo delito. No está permitido el uso de evidencia secreta. Declaraciones en expedientes o sumarios administrativos no constituyen evidencia salvo que sean sometidos a prueba. Una persona tiene derecho a ser protegida contra cualquier falsedad que pueda afligirla o injuriarla.

10. Libertad contra la violencia.

Ninguna persona puede ser sometida a cualquier forma de mutilación excepto con su consentimiento expreso, otorgado libremente; ni a tratamiento de fuerza, excepto para contener su propia violencia; ni a tortura, golpes o cualquier clase de maltrato corporal. Nadie puede ser castigado por sustitución, arrestando o maltratando personas de su relación. Ninguna persona puede ser puesta en prisión con otras atacadas por parásitos o enfermedades contagiosas. Pero si una persona constituye un peligro para la salud de los demás, podrá ser sometida a aseo, desinfección, cuarentena u otra forma de restricción.

11. Los derechos del hombre son por su naturaleza inalienables. Los soberanos, príncipes, gobernantes y directores, no son sino los sirvientes de esos derechos. En ciertas cuestiones, es bueno que ellos nos restrinjan: La ley del camino, por ejemplo, la apertura de calles y rutas, la protección de la moneda contra falsificación o la custodia de la salud pública. Pero todas esas pequeñas mejoras pueden ser discutidas y modificadas si los que han sido nombrados para proteger nuestros derechos deciden su conveniencia. Lo que no pueden ser modificados son los derechos asentados en los diez artículos anteriores al presente. Y el nombramiento periódico de esos protectores de estos derechos deberá efectuarse de acuerdo con las costumbres de los pueblos, sea por medio de los más ancianos, por elección de representantes, o en asamblea común, o por sorteo, o en otra forma.

Estos son los derechos comunes y naturales de todos los seres humanos. Son suyos, quienquiera que usted sea. Sus mayores, jefes, gobernantes o soberanos, están obligados por esta ley. Todos nosotros estamos obligados por esta ley. Es la ley universal de un mundo nuevo y libre que se levanta a la faz de la humanidad.

Así están expresados hoy los derechos del hombre, y nosotros, que clamamos por estos derechos, creemos que pueden constituri las bases de una nueva y más feliz existencia humana.

H. G. WELLS

Como respuesta a nuestro pedido de colaboración para la Encuesta Paz y Reconstrucción Posbélica, H. G. Wells nos expresa que su pensamiento acerca de los puntos planteados en el Cuestionario está sintetizado en el documento que nos adjunta y que publicamos. Se trata de una última versión de la Nueva Declaración de los Derechos del Hombre, cuyo esbozo fué hecho en el libro "El nuevo orden del mundo", y su redacción experimentó reiteradas modificaciones de acuerdo con las opiniones vertidas por hombres de todos los países a quienes se invitó públicamente a intervenir en este debate, realizándose la coordinación de todas las ideas por un comité especialmente creado a tal fin. En el número 10 de HOMBRE DE AMERICA publicamos el texto provisorio de aquel documento, que luego ha sido objeto de múltiples rectificaciones y que hoy lleva el nombre de Declaración de los Derechos Naturales del Hombre.

Ricardo Quijano Flores

Periodista de vasta actuación, estudioso de los problemas sociales y americanos.

Cuando nos preguntamos qué tipo de organización habrá de adoptarse una vez finalizada la guerra con la derrota del totalitarismo, no podemos sustraernos al deseo de responder de acuerdo con lo que siempre consideramos la solución ideal para los males de la sufrida humanidad. Socialistas, liberales o revolucionarios de cualquier escuela filosófica, la reacción primera es en el sentido de aplicar nuestra infalible fórmula ideal. Pero si somos además hombres realistas, adquirimos de inmediato conciencia de la obligatoriedad de adaptarse a la época, sobre todo cuando están por delante problemas urgentes y graves que exigen soluciones verdaderas.

Hagamos, no obstante, una aclaración compensatoria: la realidad de estos días, en lo político, en lo económico y en lo social, demuestra inequívocamente que cualquier fórmula que se halle para la mejor reconstrucción posbélica, ha de ser una solución puramente transitoria, no en relación a la historia (en ese sentido todo es transitorio) sino con respecto a los mismos males que deben combatirse. Ha llegado a constituirse en una verdad innegable, aun para los pensadores del liberalismo burgués, que el capitalismo como sistema está irremisiblemente condenado a desaparecer, ya que lleva en su propia constitución los gérmenes del desequilibrio en la familia humana. Es más: el fascismo en sí no ha sido sino un desprendimiento lógico del sistema general, que si en algunos países se plasmó en fuerzas orgánicas que llegaron a constituirse en movimiento social propio, también está manifestándose en términos muy distintos dentro de los países democráticos, con la progresiva "totalitarización" de la economía.

No será una solución estable, que garantice absolutamente la paz por muchos años, por la humana razón de que los pueblos sólo empezarán a intervenir en la historia, haciendo posible una estructura mundial esencialmente socialista, cuando se logre establecer estas dos condiciones elementales: *liberación del peligro totalitario*, en su sentido más amplio, y *libertad de educar y orientar los esfuerzos individuales* mediante las garantías de una democracia real.

Los dos enunciados generales implican la necesidad de una verdadera transformación inmediata de los métodos que se aplican comúnmente a las cuestiones políticas mundiales. Esta transformación es, eso sí, realizable ahora mismo y debe servir para delinear la organización de posguerra. Debe consistir en primer término en abandonar el tratamiento de vencedores y vencidos, error fatal de la guerra anterior; en asegurar el desarme de las naciones en forma segura y equitativa; en distribuir las nuevas industrias de modo que beneficien por igual a todos los países; en dejar de lado la competencia por los mercados de colocación de las materias primas; en liquidar la anacrónica cuestión de las colonias imperiales, fuente de por sí misma de posibles guerras a corto plazo; en abandonar la ingerencia de las grandes potencias en la política interna de las naciones débiles.

La idea de una nueva Sociedad de Naciones, salida lógica para quienes piensan en la necesidad de un organismo coordinador y ejecutor de un programa mundial de ese carácter, resulta inobjetable para nosotros. Pero debe tenerse en cuenta que si la Sociedad de Naciones creada en Versalles tuvo su debilidad en que careció de poderes ejecutivos, ello fué debido a que las naciones participantes, no obstante aceptar el programa original, quedaron bajo la influencia de sus intereses interiores, sus economías egoístas, sus políticos de más visión nacional que conciencia del deber universal de preservar la paz.

Se engañaría a sí mismo quien creyera que han desaparecido las causas de esos choques de intereses nacionales. Por más que exista aparentemente un acuerdo absoluto de las grandes potencias en lo que atañe a asegurar la paz, acuerdo que nace en todo caso derivado de las conveniencias mutuas en época de guerra, para los pueblos de las naciones pequeñas de todo el mundo, que quieren también ser libres y tener asegurada la paz, no constituye ello una garantía seria. Bastaría estudiar someramente las características actuales y la posición que ocupa cada una de esas potencias en el concierto mundial, para demostrar que no sólo son una pobre garantía para la humanidad, sino que en ciertos casos ellas contribuyeron y mantienen en germen potencial, a madurar el estallido de la guerra.

No resulta difícil estructurar un programa que coloque en igualdad de derechos a todas las naciones. Lo que sí es difícil es que las potencias que virtualmente están repartiéndose los radios de influencia en el mundo, cumplan al pie de la letra los tratados. De ahí que nosotros prefiramos señalar sin caer en ningún engaño las grandes dificultades que enfrentará sin duda la nueva Sociedad de Naciones. Si por lo menos hubiera dentro de todos los países democráticos y de los que aceptan en teoría sus principios generales, una masa popular con libertad de manifestarse y posibilidades de controlar el fiel cumplimiento del pacto internacional, la situación cambiaría de aspecto. Vemos en cambio que países como Polonia, España y Rusia en Europa, y Brasil, Paraguay, Perú y otros en América, no son precisamente una buena expresión de democracia, evidenciando claramente la existencia interior de fuerzas absolutistas que tratan a sus pueblos con métodos muy similares a los empleados por el hitlerismo o el fascismo en Alemania e Italia.

Será preciso, pues, que la misión substancial del nuevo organismo sea el comprometer a todas las naciones a cumplir un plan mínimo con los siguientes puntos:

1° Realizar el desarme que la S. de N. resuelva proporcionalmente a las necesidades exclusivamente defensivas.

2° Garantizar internamente la libertad de palabra, reunión y asociación a todos los individuos.

3° Respetar estrictamente las normas democráticas, en cuanto a la acción de los organismos populares, única forma de impedir el florecimiento de dictaduras de partido o de grupos caudillescos.

4° Respetar el plan de distribución de las industrias y suministro de materias primas, estipulado por el organismo internacional.

Ninguna nación que quiera eludir tales compromisos debiera ser admitida en la S. de Naciones, siendo por otra parte improbable que surjan naciones que acepten la no participación de los beneficios económicos desprendidos de uno de los puntos, por no querer aceptar los restantes.

A juicio nuestro, de lograrse un pacto de esos limitados alcances, se reducirá al mínimo el peligro de un resurgimiento totalitario, habrá una distribución más equitativa de las riquezas materiales de la tierra, y sobre todo, podrán los individuos educar y desarrollar su personalidad al servicio de la comunidad.

Será una gran conquista, pues los pueblos estarán libres de trabas para realizar una transformación social, lenta o revolucionaria, que garantice verdaderamente la paz mundial sobre la base del socialismo y la libertad.

RICARDO QUIJANO FLORES

EL ARTE PLASTICO
en la escuela

Toda escuela o, para ser más precisos, toda escuela moderna, debe incluir en su plan de desenvolvimiento, un espacio no pequeño destinado a crear en el niño un criterio sano referente a las manifestaciones artísticas de la época, lo que le permitirá más tarde incursionar, orientado, en la historia del arte universal. Si bien abundan materias más prácticas e inmediatas, no es menos cierto que la educación del espíritu concurre a robustecer el intelecto y a conformar un sentido más amable de la vida y una conciencia distinta de las cosas. Esta conciencia y aquel sentido no son artículos de lujo desde que concurren en forma efectiva a inculcar en el niño las primeras nociones respecto de una técnica existencial que lo condicionará para una vida futura de forma que no pueda sentirla vacía de propósitos ni de ideales.

Saber vivir es algo más que un anhelo; es —si se me permite ser categórico— un principio de moral. De la mayor o menor comprensión de ese principio depende que algún día demos a las cosas materiales el valor intrínseco que realmente tienen sin excedernos en una apreciación que, de no ser exacta y desapasionada, iría en detrimento de nuestras virtudes más caras.

Si nos empeñamos en educar el espíritu de los niños, es porque nos hallamos frente al panorama del derrumbe materialista y porque es en la escuela donde esa educación que venimos propiciando puede dar sus frutos más o menos inmediatos. Lo cierto es que poco sabe el alumnado de nuestras escuelas respecto del hacer de los artistas y que el arte escapa a su interés generalmente estragado y cansado. De ahí la necesidad que existe de no postergar su aplicación.

Los dirigentes de la educación, atinadamente asesorados, debieran abocarse importancia que el problema tiene y la a la realización de exposiciones, no ya en las escuelas primarias sólo, sí que también en los normales, liceos, universidades y facultades. Esas exposiciones podrían ser explicadas por artistas y de su frecuencia dependerá el refinamiento en el gusto de los estudiantes y, tal vez, el despertar de una disposición que podría estar adormilada por la falta de un acicate progresivo y consecuente. Se trata, según vemos, de llevar el arte a las escuelas, que es como llevarlo al pueblo, al sector más sano del pueblo, facilitando en todo sentido su acercamiento y haciendo posible, de tal forma, su familiaridad, primera etapa del camino a recorrer para una futura y exacta comprensión.

Notoria es la capacidad conceptiva que el niño tiene sobre el arte y su mundo de imágenes, y de ello dan prueba algunas exposiciones de fin de año realizadas sin trascendencia en algún que otro colegio. A esa capacidad, en ese y otro sentido educativo, se refieren von Karman, el mismo Robert Gaupp y César Juarros sin agotar el tema que es, ya de por sí, inagotable.

Sería lamentable que nosotros olvidáramos (y más lamentable aún que lo olvidaran quienes en cierta forma se hallan dentro del problema cuya solución se busca) que el niño es una parábola en principio de cuyo original impulso depende la distancia de su proyección. Dotarlos, pues, para que ese impulso inicial lleve la fuerza precisa a fin de que pueda elevarse lo más posible del nivel común, es ponerse a tono con la conciencia que nos obliga a cumplir nuestros deberes con exacta comprensión de las necesidades de nuestro prójimo. Y el deber de quienes desenvuelven sus actividades dentro del campo de la didáctica, es facilitar la técnica y depurar sus procedimientos en aquellos que habrán de sucedernos como elementos constitutivos de una sociedad en marcha. "Tiene la cultura de una hora de nacimiento —su hora lírica— y tiene una hora de anquilosamiento, su hora hierática", decía Ortega y Gasset. No olvidemos que el niño en la escuela está en la hora de nacimiento para la cultura.

Hemos hablado de hacer que la labor de nuestros artistas sea llevada a las escuelas, y, con ello, ofrecemos una de las tantas soluciones al problema de acrecentar los conocimientos mediante un moderno y racional criterio. Pero, el asunto, en sí, es mucho más amplio. Como corolario de esas exhibiciones, debe contemplarse la enseñanza de las artes plásticas en esos mismos centros de estudio conforme a las exigencias de nuevos planes puestos en práctica en países que más han experimentado sobre las posibilidades de los niños y de los adolescentes.

El sujeto infantil nos coloca frente a dos características que son diametralmente opuestas. Una apunta hacia la capacidad imaginativa del alumno; la cosa real. Querer uniformar la enseñanza imponiendo a unos las prácticas que otra, conforma disposiciones hacia la van dirigidas a otros, es postergar y restringir — a veces hasta su anulación — vocaciones probadas que podrían cristalizar en realidades más o menos mediatas.

El maestro que no especula con la capacidad sensorial del alumno, no podrá ser vehículo en su educación. En ese caso, lejos de colaborar, atenta contra ella. La palabra vehículo adquiere aquí un significado especial. Debe entenderse en sentido contrario al de imponer. El maestro que impone no llena una función, según ha sido categóricamente demostrado. Y eso es lo que conviene tener bien en cuenta. La imposición puede ser procedente —aunque no aconsejable— en tanto se trate de aleccionarlo sobre las ciencias u otros conocimientos de simple mecánica cerebral; pero incursionando en el arte, que es una manifestación del espíritu, resulta inadmisible y hasta pernicioso.

Bajo un clima de libertad debe el maestro sugerir las prácticas conforme a la disposición de cada niño, enfrentándolo a la Naturaleza, si observa síntomas de querer interpretarla, o ayudándole a hurgar en sus fantasmas o en sus imágenes si le adivina condiciones a la introspección.

La verdad es que en nuestras escuelas se ha hecho poco en el sentido indicado y que ese poco no ha podido cuajar, por lo mismo que la siembra es siempre deficiente y a veces inútil en terrenos que no han sido preparados para recibirlas. El método en todo aquello que se refiere a la didáctica, es de primordial importancia, y es precisamente lo que menos se considera.

Si en alguna escuela se aconsejó la concurrencia al Salón Nacional o al Museo de Bellas Artes, se hizo como al desgaire, sin que ese consejo o esa indicación alcanzara a crear el clima necesario para mover el interés del alumno, siendo así que tampoco fué suficiente para que pudiera servir de cimiento eficaz a una posterior cultura de especialización.

No pocos educadores consideran al dibujo como inapreciable factor de disciplina manual y cerebral. Su ventaja en lo que respecta al encauzamiento del carácter, es notable.

Es hora, pues, de que en las escuelas argentinas, se acuerde al arte plástico (dibujo, pintura y modelado) la importancia que realmente tiene como elemento de cultura.

RODRIGO BONOME

José Ingenieros, maestro y precursor

Acaso no haya en la vida motivo más noble, digno y fecundo, como expresión del deseo de superarnos, que evocar a los grandes sembradores nuestros, mientras el alma se purifica en la meditación y el recuerdo cariñoso.

Grave compromiso es, sin duda, estudiar una de las facetas del espíritu multiforme y profundo de José Ingenieros. Por eso nuestro homenaje más grande consistirá, no en el estudio forzosamente ligero del animador de generaciones que hoy recordamos, sino en este afán nuestro de prolongar la vida, ya eternizada por su propia gloria, de un estudioso y trabajador cuya figura se agiganta cada día —como alguien dijera de Sarmiento— por sus virtudes de Prometeo y por su vigor de Hércules...

Quien llegó a ser un maestro, dentro y —lo que es más— fuera de la cátedra; quien tuvo más de apóstol y de conductor que de frío analista o de *burócrata de laboratorio*, como hay tantos entre los cuasi sabios oficiales; quien fué así, debió tener un gran corazón de hombre y de artista, puesto al servicio de la juventud de un pueblo. Ingenieros, que tuvo precisamente una juventud alegre, aunque angustiosamente preocupada por los grandes problemas; una juventud que bebió sus tragos iniciales en la vida de la calle, pero también en las severas disciplinas del razonamiento, del estudio y la observación del medio social, pudo dejarnos una verdadera herencia espiritual.

Nuestra breve historia política y nuestra adolescente cultura nacional, saturada por el caudillismo estéril y las improvisaciones nefastas, cuenta con poquísimos valores auténticos. Los audaces de las cátedras sobran; no digamos menos de los de la política. Los maestros, los que hacen discípulos, los que promueven inquietudes, faltan desde la Universidad hasta la calle. El amor al estudio, la sinceridad del pensamiento, las potencias nobles del espíritu, son virtudes que sólo encontramos en cuatro o cinco hombres de esta tierra: Sarmiento, Alberdi, Ameghino, Ingenieros. ¡Quizá nada más!

La juventud de un hombre es algo más que un anticipo orgánico de lo que será frente a la vida. Acaso la edad de las vibraciones y los encantos; del amor y de la fe en sí mismo, de la voluntad creadora y de la fiereza en el ataque, sea todo y simbolice lo único valedero en el porvenir, porque en ella está el germen moral de cada criatura humana. Por eso interesa doblemente la juventud hermosa de Ingenieros, vivida íntegramente y que adelantaba su personalidad inconfundible. Recordémosla un poco...

Hijo de un militante izquierdista, su curiosidad insaciable pudo verse satisfecha al vivir en un ambiente de liberalidad, exento de falsos conceptos e hipocresías.

En 1898 Ingenieros, bachiller, ya había sido director de publicaciones estudiantiles y de motines del aula; ya se había diplomado agitador de las conciencias. En 1894 y 1895, mientras cursaba los primeros años de la Facultad, actuó en el periodismo y creó un centro socialista universitario. Ingenioso y mordaz, lleva a los círculos intelectuales y literarios del Buenos Aires de Rubén Darío, de Monteavaro, de V. Martínez Cuitiño, de Lugones, de Payró, la nota original de su espíritu luminoso. "La Syringa" se llamó el grupo de Ingenieros; bautizado así por Rubén Darío, marca una hora inicial del pensamiento argentino, cuando una generación cava la sepultura de la que le precediera...

Hora de la limpieza y de la alegría mental. ¡Hora de la mordacidad, del ataque despiadado, de la valentía moral hecha carne en una generación de muchachos bien plantados! "La felicidad viril tiene un nombre: querer", ha dicho Nietzsche, y lo recuerda Ponce en su estudio sobre Ingenieros. En verdad podría ser esa frase el símbolo de su juventud brillante y vigorosa. Acaso esa agrupación de "alocados" que presidía Ingenieros desde "La Siringa" revivió una página de Alberdi; cuando en días amargos para la República, el autor de las *Bases* escribiera: "Nosotros somos locos: ¿lo saben ustedes amigos míos? Somos locos porque pensamos que hay una justicia humana llamada a gobernar el mundo; somos locos porque pensamos que todos los hombres nacen iguales y libres; porque pensamos que todos los hombres son soberanos y que no hay más legitimidad política que la que emana de sus voluntades; somos locos porque pensamos que el reino de la razón ha de venir algún día; porque queremos creer que los tiranos, la impostura y la infamia no han de gobernar eternamente la tierra; somos locos porque no queremos creer que nada hay ya de positivo y perpetuo fuera de las cadenas, los cañones, el plomo y el crimen.

"Si por eso somos locos, yo me enorgullezco de ser loco de ese modo. Yo me ennoblezco en la locura de creer como creo, que un sepulcro está cavado ya para los tiranos, que la libertad viene, que el reinado del pueblo va a comenzar".

Renovado el espíritu a cada instante —como el agua de los manantiales—, su vertiente interior no podía ofrecer a los hombres las impurezas de los pantanos. Augusto Bunge, viejo amigo de Ingenieros, lo afirmó: "Sus travesuras no eran nunca malignas. Cuando se burlaba de alguien en realidad también se burlaba de sí mismo. Era como si le impulsara una necesidad ingénita de resarcirse, de rato en rato, con una cabriola, de la vida casi ascética que se imponía para realizar su trabajo".

A los 23 años Ingenieros, médico, tiene el estímulo de sus maestros Ramos Mejía y Francisco de Veyga, nobles figuras de catedráticos, que Ingenieros respetó siempre, al par que dispensara un compasivo olvido a los que nada le enseñaron de la ciencia ni de la vida. El profesor de Veyga, recuerda al querido amigo y discípulo que un día escuchara en una conferencia socialista sobre el 1º de Mayo y reconociera su talento. "No tardé en presentir que Ingenieros —dice de Veyga—, dentro de esa inquieta actividad intelectual que había hecho ya de él una figura descollante, un espíritu serio y reflexivo, un alma hecha para la ciencia. Y, desde luego, puse todo mi empeño en decidirlo a que encauzara su vida en este nuevo sendero, sacrificando si fuere necesario la envidiable situación conquistada en el campo de sus primeras inclinaciones. Fué éste uno de mis más grandes éxitos docentes, el orgullo de mi vida de maestro, que Ingenieros jamás se cansó de recordar, lleno de afectuosa devoción por mí".

Voluntarioso y altivo, edificó su carácter, como una pirámide; sólida y amplia la base; fina, penetrante la cúspide, Inconmovible, soportó sin traicionarse y sin venderse todos los vientos y las corrientes que, como a las veletas, hacen marcar a los hombres débiles, hoy el Este, mañana el Sur, luego el Norte o el Oeste... "Comenzó Ingenieros por hacer de la libertad cosa cierta y activa en su propia existencia —dice Giusti, evocando con justicia al maestro—. Artífice de su vida por la voluntad y el trabajo, la quiso independiente y libre. No fué esclavo ni del prejuicio ni del lucro, ni de los títulos, ni de los vanos honores. Sabía lo que pocos saben: renunciar; no a las obligaciones ni a los deberes, sino a los favores del mundo, que tantas veces se ganan por la suerte, la audacia, la intriga, el engaño, la mentira, la cobardía o la sumisión. Su obra, sobre todo la que es animada por su pensamiento político, fué así maravillosamente desinteresada, como que con ella no aspiró sino a servir a los ideales que consideraba más legítimos, sin ambicionar recompensas materiales.

"Y los sirvió sin volverlos odiosos con la jactancia de una vida secamente puritana. Fué un moralista sincero y nadie hizo menos ostentación que él de virtud. Para hacer felices a los mortales no creyó que debía empezar por envenenarles la existencia, quitándole a ésta la razón de ser de todo esfuerzo por mejorarla. Sobrio y sin vicios, no creyó que la vida, para ser digna, fuese renunciamiento a la risa, a la cordialidad, a la distracción, al efecto, a la ternura. No practicó la austeridad como oficio o postura. Y, sin embargo, aquel gran muchacho expansivo, le pedía tan poco a la vida, que se conformaba con que le asegurase un hogar sano y feliz, como fué el suyo, una mesa limpia, frugal y alegre, rodeada de gente inteligente y no aburrida, y luego, largas horas diurnas y nocturnas, para el trabajo intelectual que era su lujo y su único vicio".

Con sus libros "La simulación de la locura" y "La simulación en la lucha por la vida", Ingenieros conquistó un puesto entre los creadores de una ciencia nueva en la que pudo ser por su talento un gran maestro. Y es en su "Psicopatología en el arte", el "Lenguaje musical y los trastornos histéricos" —obra aun hoy bien considerada de patología musical— e "Histeria y Sugestión", donde se afirma un valor mental de América, cercano a Charcot, Babinsky y Grasset, evidenciando un temperamento científico en la más alta acepción del vocablo, sin caer jamás en el cientifismo estirilizador de las inquietudes de un sabio y de un hombre.

Sus "Principios de Psicología", esqueleto de toda la personalidad de Ingenieros, que fué psicólogo tanto como médico, literato y filósofo, expresan ideas que dan por tierra con las tendencias pseudo-modernas, al decir de Nicolai, que en Alemania representa Wundt, en Francia Bergson y James en Inglaterra.

La actuación universitaria de Ingenieros podría ser capítulo de un extenso examen. Basta recordar que, precursor de la Reforma Universitaria en América —¡hermoso movimiento idealista!— debió sufrir los primeros zarpazos de los inmorales y politiqueros, que tomaron la Reforma por trampolín para sus piruetas y sus apetitos.

Su obra "La Universidad del porvenir" es la esencia de un gran amigo de la juventud, que sueña con una era desgraciadamente aun lejana. En sus libros "Hacia una Moral sin Dogmas", "El Hombre Mediocre", "Proposiciones", "Evolución de las Ideas Argentinas", "Sociología Argentina", Ingenieros, moralista, filósofo, historiador, crítico y sociólogo, tiene un mismo punto de mira: *"los dogmas dividen a los hombres, el ideal moral los une"*. Toda su obra de pensador podría sintetizarse con este lema.

Pero por sobre todas y cada una de sus creaciones, que no es mi propósito estudiar con frío espíritu de disector, —¡lo

que sería innoble hacerlo!— está la esencia misma de un magisterio y de una profesión de la cultura. Ingenieros siente, como Guyau, un gran amor por la educación alta y desinteresada; es por eso un humanista, también con predilección por las humanidades clásicas y las científicas. No pudo ser por eso un *especialista,* a pesar de haber descollado en psiquatría, criminología y medicina legal; no pudo serlo porque sabía que *"toda especialización es peligrosa"* y un especialista *"tiene la vista falseada por la pequeñez del horizonte que está habituado a considerar".* Porque un especialista en fin, es un *limitado* y un lisiado del pensamiento...

Repugnábale el "detallismo" de los repetidores de una idea o una doctrina, que construyen con criterio estrecho, carentes de las visiones que dan los principios generales o el hábito de remontarse más allá de todo lo creado. Por eso Ingenieros se rió de los que creen que "la salud o la vida de la humanidad, dependen de la nariz o el útero, de los riñones o de la médula, de la hernia o de la apendicitis". En verdad, ¡cuántos "maestros" argentinos *todo lo ven* a través de "su" chifladura técnica, de su síntoma clínico, o todo lo curan con una terapéutica de moda!...

¿Cómo concebir a Ingenieros, con su espíritu amplísimo y su alma fresca de niño genial, hecha a todas las vibraciones del mundo, a todas las fuerzas que del cosmos llegan al corazón humano; cómo podría ser concebido con ese capital cerebral y anímico, un hombre que sólo viese lo que está bajo la platina del microscopio?

No. Había en él, como en los alucinados quizá —¡no hay chispa de genio, sin relámpagos de locura!—, como en los poseídos, un afán superior y desconocido que inflamaba su pluma, aclaraba sus ideas y, sacudiéndonos con la emoción de la palabra escrita o hablada, ponía a flor de labios su pasta de apóstol y de animador! Como el personaje de Bataille, tenía esa febril expresión de los convencidos y unía a la pujante fuerza de su expresión, la bondad y el gesto piadoso para el débil.

Cantor y poeta sin quererlo de la *rebeldía,* no de la rebelión inconsciente y estúpida de los mansos acosados. Filósofo de una grandiosa fuerza moral que debe vivir en la juventud, como una esperanza para el mundo que vendrá, Ingenieros hizo de la rebeldía un poema de superación. La personalidad, el carácter, la dignidad, la perfección moral, la inquietud, todas las virtudes y los vicios, inspiráronle páginas eternas. Para los impotentes, para los versátiles de las ideas que en plena juventud se entregan al conformismo, al hartazgo... o a la conveniencia; para los que tienen mucho de gusanos, pretendiendo ser hombres; para los jóvenes decrépitos y para los viejos con veleidades vergonzantes, escribió Ingenieros dos grandes libros. Breviario soberbio uno: "El hombre mediocre", y un evangelio de este siglo otro: "Las fuerzas morales". Nadie que se precie de espíritu limpio y que sienta vibrar su corazón al leer un libro, debe desconocerlos.

De "Las fuerzas morales" se ha dicho con acierto que es un *testamento moral.* En efecto: allí Ingenieros, en toda su plenitud de pensador, dejó a las generaciones de América su palabra y realizó en ese libro un pensamiento triste, al decir de Sánchez Viamonte, pero sublime. "Obra, como si hubieses de morir mañana...". Ojalá todos los libros que caen en manos de la juventud, tengan sabor testamentario. En ellos habrá enseñanzas y habrá caminos marcados.

Y bien: nada vale el comentario de una vida ejemplar, cuando no hacemos algo por imitarla. La mejor manera quizá de formarse un temperamento juvenil es impregnándose la propia vida en la de estos rectores del espíritu y del pensamiento. El nombre de Ingenieros tiene ya un pedestal en la juventud de América. Es preciso que la obra de Ingenieros caiga sobre todos los valles del universo, como una nevada purificadora y fecundante.

Son los jóvenes quienes, pasándose la obra de Ingenieros de mano en mano, le tributarán el homenaje más hermoso. La figura de Ingenieros estaba fuera de su marco; la hora que le tocó vivir, no pudo ser el medio donde proliferara como en armonioso crecimiento celular, la obra titánica de este hacedor incansable...

Vidente y buen catador de estos pueblos de América, encanallecidos y aplastados, comprendió que el único camino de un hombre que desea morir antes de claudicar estaba en el trabajo y en la acción fecundante y aleccionadora. Con acierto se ha dicho: "La primera lección que Ingenieros nos ha dado es la del trabajo". Tuvo su profesión de médico para defenderse del hambre, como un honrado labrador tiene su arado o un obrero su arte de cortar cueros para hacer zapatos.

A ello se debe que sus libros y los libros de los demás grandes autores, como la Biblioteca de la Cultura Argentina y la Revista de Filosofía, fundadas por Ingenieros, aparecieran regularmente; el dinero le sirvió a Ingenieros para hacer cultura y humanidad, así como sirve a todos los necios para embrutecerse y a los propietarios del oro mundial para hacer la guerra, o para civilizar países a cañonazos...

Como ninguno, presintió Ingenieros el problema del imperialismo, nueva forma de la rapiña capitalista en América. Vió que las tiranías eran las entregadoras de los pueblos libres a la voracidad de los que desean chupar las riquezas del suelo americano. Hoy, que sopla en el mundo por los cuatro costados el viento asfixiante de las dictaduras; hoy que todo el continente americano, si no está entregado está por caer en manos de los compradores y "proteccionistas"; hoy, obreros, estudiantes y hombres libres, hubiesen arrancado a Ingenieros de su escondite de sabio, donde construía un nuevo estado de cosas, para que en las calles de la República, salvara el espíritu de la justicia y los principios de la libertad.

Pienso que Ingenieros nos dió el *idealismo de la acción,* no sólo *las alas del cuerpo,* que nos legó Sarmiento, como alguien dijera. Recordemos una de sus páginas que sintetizan ese idealismo de la acción:

"Una vez pronunciado el ¡Sí!; claro, recto como un rayo de luz, la voluntad debe ser inflexible. Vacilar en mitad del camino, es traicionar el pensamiento; desfallecer es repudiarlo. La voluntad sana, jamás traiciona ni repudia; *cuando falla, el hombre es una escoria".* Desde "Las Fuerzas Morales" dice Ingenieros: *"Ahora o nunca",* es la expresión psicológica de la moral del maestro".

Si a nuestra generación corresponde seguir los pasos iniciales de Ingenieros; si nosotros tenemos algo que hacer, y la hora de nuestra contribución ha llegado, será menester, necesario, indispensable, que nos constituyamos en "hombres que hacen", bregando con altivez por un estado más noble y más justo, en todos los terrenos; luchando, porque los pueblos se perfeccionen por la cultura, y resuelvan el problema económico, nivelando el estado social.

Así habremos seguido a este animador de generaciones, que apareció en América, como una estrella, y luego se convirtió en cenizas, como un tronco, para seguir dándonos su aliento desde sus libros.

ABELARDO C. DAGLES

Noticiarios de guerra

1 — PRESENTACION

Yo fuí el espectador que ambicionaba,
en un cinematógrafo cualquiera,
aspirar a la dicha pasajera
que desde el celuloide se asomaba.

Ilusionado ingenuo, caminaba
en torno a la película viajera
ese soñar despierto que libera
y con la luz de súbito se acaba.

Me dijo adiós la última heroína
con lágrimas de cera y beso helado
al apagar su magia la linterna.

La realidad ahora se encamina
hacia un territorio inexplorado,
en donde el hombre en el dolor se interna.

2 — ENCUENTRO

Siento latir tu corazón lejano
y del film que me trae tu zozobra
hago mía la pena que en ti sobra
y te extiendo la palma de mi mano.

Este encuentro casual no ha sido en vano
porque sé que el aliento se recobra
al pagar el tributo que se cobra
para emprender el viaje hacia lo humano.

Soy el adormecido que despierta,
el alma nueva de emoción crecida
y en la voz nuevo acento que madura.

En ti recojo una esperanza cierta,
por otro itinerario va mi vida,
en turbio mar y estela de amargura.

3 — SOLDADO MUERTO

Sobre la dura tierra estás caído,
hielo en la voz, vacía la mirada;
junto a la mano inerte, coagulada
la sangre de tu río detenido.

Por el ojo de vidrio rescatada
ya no es tu muerte anónima ni olvido,
ni un ignorado número perdido
entre la cifra asaz multiplicada.

En un clima distante y sin ventura
la pantalla recorta tu figura
en el haz luminoso inanimada.

Y ante el desconocido que hoy te nombra
desde la obscuridad viene tu sombra,
que pudo ser la mía, camarada.

4 — CAMOUFLAGE

Bajo ardid vegetal está escondida
la mole fría. Impasible espera
la señal que la impulse toda entera
a vibrar por el fuego estremecida.

En la entraña de acero desespera
la fuerza destructora, contenida
por mano vigilante. ¡Dolorida
mano que es garra de azuzada fiera!

Entre ramas y hierbas resguardado
avizora el cañón la lejanía
junto al hombre que aguarda a su costado.

Carne y metal en íntima agonía
en el borde de un tiempo equivocado,
de larga noche y retardado día.

5 — MUERTE ALADA

Por noche de despiertas pesadillas
y cielo ardido en cárdenos reflejos,
la muerte va volando desde lejos
por ancho mar de sombra sin orillas.

Se acerca en el zumbar de los motores,
con alas de metal se cubre apenas,
la anuncian espirales de sirenas
y alucinada luz de reflectores.

Ya no es la muerte aquella dama antigua
de faz desnarigada y forma ambigua,
perfilando en la niebla la guadaña.

No acecha desde lóbregos rincones,
la traen desde el cielo los aviones
y una lluvia de fuego la acompaña.

El cinematógrafo es un mágico surtidor, preñado de gestos y de ideas; es un mundo agitado, una oleada de vida que surge otra vez del abismo. (1910). — RAFAEL BARRETT.

6—DESALIENTO ANTE EL HOMBRE SOMETIDO

Si yo pudiera estar junto a tu duelo,
no ser el simple espectador distante
que llega por la fuga de un instante
hasta tu inaccesible desconsuelo.

Por sintéticas dosis me conduelo,
para volver al clima circundante,
en donde el egoísmo vigilante
evade todo trágico desvelo.

Si no me acerco a ti por la segura
ruta que marque huella paralela
¿de qué sirve la lágrima vertida?

Sólo será mi viaje la aventura
de quien en el fracaso se consuela
sin haber iniciado la partida.

7 — Soneto a la Futura Liberación del Hombre

Aun no estás derrotado por la muerte;
bajo agobio de sangre y de quebranto
despierta, alimentada por el llanto,
tu raíz y germina en rama fuerte.

Se oye latir de nuevo el pulso inerte,
no es plegaria tu voz, renace en canto
augural y se enfrenta al desencanto
de quien creyó en el miedo someterte.

Cuando vuelva otra vez a la pantalla
para ver que tu sombra se incorpora
y reanuda su marcha interrumpida,

cerca de ti, en la última batalla,
me encontrarás, como lo estoy ahora,
mi mano con la tuya confundida.

A. VAZQUEZ ESCALANTE

EL IMPERIO SOCIALISTA DE LOS INCAS

Acabamos de conocer una pulcra traducción de la obra de Baudin, "L'Empire socialiste des Inkas" (1). El problema incaico, contradictorio y siempre nuevo, desde hace siglos ha apasionado a investigadores de todos los países, así de América como de Europa. Pese a la variadísima interpretación del asunto es evidente que aquel imperio, cuya dominación extendíase desde el Ecuador hasta las márgenes del Bío-Bío, poseyó una vasta estructura política y social que hizo el asombro de los conquistadores. La afirmación de que ese Imperio encerraba formas socialistas se halla ya en autores tales como Lorente, Martín y Reclus; amparándose el calificativo en la circunstancia de que la tierra "era objeto de un derecho de propiedad colectivo de sus habitantes". Otros, en cambio —Payne, Latcham— consideran erróneo ese criterio y sostienen que los incas mantuvieron simplemente esas comunidades agrarias al modo que se les encuentra en el despertar de las sociedades primitivas. No ignora Baudin tales dificultades al hacer el planteamiento de su obra. Por eso, define previamente el contenido especial de la palabra "socialismo" —cambiante y difusa —a fin de que se comprenda por qué llama al de los Incas "Imperio Socialista".

Hubo en Perú —sostiene— "colectivismo agrario y socialismo de Estado". El primero, anterior a los Incas; el segundo, por ellos establecido. El uno, fué proceso secular; el otro, creación del genio humano. (Esa obra atribúyese al gran Inca Yupanqui). Estudio de Imperio tan singular ofrece, junto a sus escollos inmensos, un encanto especialísimo. En primer lugar, Baudin señala un hecho único: "las grandes civilizaciones mediterráneas se han condicionado unas a otras; los pueblos de los Andes no recibieron de nadie la llama sagrada. La Luz brotó de ellos mismos". En segundo lugar, el conocimiento de la civilización incásica no exige al erudito desplomarse en la "historia más allá de la historia", como ocurre toda vez que intentamos reconstituir el sentido de las civilizaciones caldeo-asirias o la de Egipto. Y esto ocurre, porque no ha de olvidarse que el fastigio del Imperio coincidió con el descubrimiento, prolongándose hasta las primeras décadas del siglo XVI. Es un hecho próximo no remoto, como pareciese inducir una deformación caprichosa de la perspectiva del tiempo.

El libro de Baudin es científico por el plan a que se ajusta y por la paciente documentación reunida. Al exponer las fuentes en que se ha inspirado, verifica las contradicciones y puntos de vista distintos que cada autor ha aportado. En varias categorías divide Baudin a esas fuentes: 1º) Escritores que vieron el imperio: época de la conquista; 2º) Los que no contemplaron en su esplendor pero sí en sus vestigios: época de transición; 3º) Los que no habiendo ido al Perú conocieron los relatos de los primeros conquistadores; 4º) Los que en el terreno conocieron relatos de los descendientes incaicos: era de la colonización; 5º) Historiadores españoles del siglo XVII; 6º) Período de transición: siglo XVIII; 7º) Los tiempos modernos (Siglo XIX); 8º) Tiempos modernos (Siglo XX) y 9º) Historiadores del reino de Quito.

Una de las partes más interesantes de la obra es, sin duda, aquella en que el autor expone el supuesto plan racional del socialismo incásico de Estado. Partiendo del concepto de que la racionalización de la sociedad "reposa sobre una acción reguladora de un poder central en las relaciones sociales", Baudin afirma que jamás dejóse sentir esa acción con más fuerza que en el Perú. Ello no obstante, conviene aclarar que el elemento igualitario no es absoluto ya que los monarcas no sólo respetan los islotes de propiedad que existen, sino que contribuyen con sus donaciones a formar otros.

Ya es casi un axioma que el cerebro, el estructurador de ese estado geométricamente constituido no ha sido sino Yupanqui, cuyo sobrenombre Pachacutec ("Reformador del mundo") da idea de su extraordinaria función. Yupanqui delimitó territorios, perfeccionó los cultivos, construyó canales y terrazas, levantó provincias y ciudades, constituyó la orden de los orejones, reformó el calendario, y procedió a expandir su imperio con una fuerza militar conscientemente organizada. Baudin le llama el "Sesostris" peruano, cuya obra unificadora culmina con la generalización del quichua, evitando así la anarquía de los dialectos excesivos e inasimilables entre sí. Puede admitirse, concluye, que la "lengua general" y las carreteras constituyeron dos elementos básicos de cohesión en el Imperio socialista.

¿Cuál es, entonces, la posición que conviene adoptar sobre los verdaderos méritos de esa sociedad precolombiana?... Pregunta ardua, de difícil respuesta. No en vano Joyce se refiere a la "barbarie magnífica" del Perú incásico, queriendo expresar con ello los atractivos de esa organización "no civilizada" para el estudioso "civilizado". Claro que para nuestro criterio de civilización el estado social del Tawantinsuyo es inclasificable. Atrasados a veces, portentosamente avanzados, otras; ignoran la rueda mas representan piezas de teatro; no saben escribir pero son capaces de elaborar concienzudas estadísticas. Sin llegar a ser comunista, ese Estado no ofrecía el doloroso escalonamiento de ricos y pobres. Pobreza y riqueza tenían allí un sentido relativo. O como dice Morua: "La igualdad en la pobreza hacía a todos los hombres ricos".

Mucho se ha dicho y contradicho sobre la singular experiencia andina. Muchos autores han llegado a afirmar que los utopistas del Renacimiento —Moro, Campanella, Francis Bacon— trazaron sus cuadros ideales amparados en el conocimiento directo o indirecto que habrían tenido por aventureros que volvían del "Mundus Novus". Y de ciertas coincidencias entre la "Utopía" y el Perú de los Incas, hubo quien sentara la hipótesis de un descubrimiento del Perú antes de Pizarro, por vía de Brasil, realizado por algún compañero de Vespucio "que vende su informe a la cancillería inglesa, la cual lo mantiene en secreto". Moro crea bajo su amparo su "Isla de Utopía", novela política.

Como vemos, el tema que ahora se actualiza con esta versión de la obra de Baudin, se ha prestado a las más confusas y audaces elucubraciones.

O. F.

(1) "Imperio Socialista de los Incas", versión española de José Antonio Arze, Zig Zag, 1943, Chile.

IMAGENES NORTEÑAS

(LA RIOJA EN LA NACIÓN)

La Rioja —provincia empobrecida y languideciente— vive en la miseria. Poblaciones íntegras están exhaustas. La emoción es muy grande.

VIDA TURBIA. — Hay una desesperación latente. Falta trabajo. Una ráfaga de terror invade las poblaciones de La Rioja.

El clima de aguda descomposición, relaja los hombres. Los torna tristes, ceñudos, herméticos. Nadie abriga esperanzas. Nadie tiene fe en el porvenir. Todos los días se añora la antigua paz hogareña. La hermosa paz forjada a bote de lanza por Facundo y el Chacho.

SOMBRAS EN LOS HOGARES. — Cuadros sombríos, llenan de amargura los ojos. Anublan las almas. Millares de familias sufren hambre y sed. Por eso, todos los días, apenas amanece, disponen, con un profundo cansancio espiritual:

—..."Hoy, vamos a ir al pariente; mañana, al amigo... Qué vamos a hacer... No tenemos qué llevar a la boca...".

Y cuando llueve, por ventura, hay fiesta. Fiesta espiritual. Fiesta grata, sencilla. El júbilo, encantada avecilla que vuela en todos los pechos hasta que saca lágrimas, canta, inspirada, en el verso de la tonada regional:

"Así nos suele gustar,
"Cuando llueve sin tronar;
"Refucilos, lejos, lejos,
"A la moda de temporal..."

Triunfa la alegría fresca y contagiosa. Y las penas son vencidas. Un momento cesa la tragedia dolorosa de la vida.

INMENSA DESILUSIÓN. — Para nada hay tranquilidad. 1943 es año de angustia; año de miseria. La Rioja vive desazonada. De balde se le ofrece fragante optimismo, es inútil. Ya está hecha la conciencia de la realidad.

DESAMPARO Y HEROÍSMO. — No hay quien hable de trabajos. Y es que los recursos estatales, no alcanzan para nada. Las finanzas caseras acusan una magredad impresionante, completa. El Estado tiene que implorar la limosna federal, para pagar sus empleados.

UNA RAZA DE VALIENTES. — Las poblaciones de La Rioja, viven por milagro. El sufrimiento las agranda; las engarza de heroísmo. Sin protección y en la miseria, sobreviven, aun, demostrando una valentía formidable para enfrentar la adversidad...

LUIS FERNANDEZ ZARATE

EL DEBUT DE PACO AGUILAR, SOLISTA

POR PACO AGUILAR

Un laúd sigue su destino. El laudón de Paco Aguilar, sigue adelante. Ha levantado sus velas, y ha echado a andar.

Las amarras que lo ataban se han quebrado. Si borrascoso era el tiempo cuando los mares empezaron a ensangrentarse, más borrascoso era el puerto en que cuatro laúdes empezaron a desangrarse.

Era 1939. El Cuarteto Aguilar empezó a callarse.

Cuatro navecitas de España, cuatro laúdes, cuatro años ancorados. Cuatro mástiles tendidos. Cuatro voces apagadas. Dentro de ellos, vida, latidos, esperanzas. Afuera, muerte, silencio, olvido. Poco a poco, cada día, el laúd, el laudete y el laudín, se acercaban más a las arenas. Tomaron contacto con las playas. Encallaron. No el laudón. No lo quiso el viento. O no lo quiso el Capitán. Rotas las amarras, enfiló su proa a la música, al mar; de nuevo al mar, a la música, al mar.

Es 1943. El laudón rompe el silencio.

—¡Pobre Capitán! ¿Adónde vas con tu nave enlutada, si delante no llevas el laúd de España? ¿Adónde vas con tu triste velero, si a babor y a estribor no te acompañan el laudete y el laudín? ¿Adónde vas sin alegría? ¿Adónde vas, si te vas llorando?

—Si lloro al irme, sin irme lloraba. El llanto no es nuevo. Nunca lo ha sido. Navegar, sí. Siempre lo fué.

—Puedes naufragar.

—Prefiero morir contra las olas, que ahogarme en aguas p[illegible]. El laudón no soporta la calma. A él es a quien sigo. El es quien se fuga. Yo soy quien le acompaña.

—¿Conoces un camino?

—Uno. Caminar.

* * *

Con gran sorpresa del ambiente musical, se anunció en Buenos Aires, a principios de temporada, el debut de Paco Aguilar como solista. La inesperada noticia se convirtió rápidamente en una pregunta, repetida de boca en boca, cuyo eco debió resonar gratamente en el espíritu de los hermanos Aguilar.

—¿Paco Aguilar, solista? ¿Por qué? ¿Y el Cuarteto? ¿Dónde está el Cuarteto? ¿Qué hace el Cuarteto? ¿Qué le ha ocurrido al Cuarteto?

Después, ante la proximidad del debut, la pregunta cambió de tono.

—¿Qué puede hacer Paco Aguilar con el laudón? ¿Un laúd con un piano? Si se oye el laúd, no se oirá el piano. Si se oye el piano, no se oirá el laúd.

En el programa figuraba una "Casación" de Haydn para laúd, violín y violoncello. Las otras dos partes estaban compuestas por obras adaptadas por el propio Aguilar para la despareja pareja del laúd y del piano.

Coincidíamos con el público. Confieso que acudí al Teatro Odeón contagiado de recelos y convencido de que la monotonía del programa me ausentaría de la sala antes de terminado el concierto. Claro está que no pensaba en que un concierto de violín, de piano o de guitarra, es tan monocorde como es el de laúd. Pero también confieso que son muy pocos los conciertos de aquellos instrumentos que no se me atraganten.

Que me perdone Paco Aguilar las palabras que puedan herir su orgullo de artista; reciba en recompensa la sinceridad a que me obliga el respeto que por él siento.

Conozco, tanto como él, las posibilidades y los recursos, los defectos y las fallas del laúd, como instrumento monódico y como instrumento polifónico. He trabajado el laúd durante muchos años. Conozco casi todos los tipos y variedades que de dicho instrumento dieron los países y los tiempos. Sé que los laúdes de Domingo Esteso, el célebre **luthier** de Madrid, son los más sonoros y aterciopelados de cuantos reposan en los museos y existen en el mercado. Pero también sé, ay, lo que es hacer música con un dedo. ¿Qué otra cosa es el plectro con que Aguilar tañe las cuerdas de su laúd?

Con un dedo se puede dirigir una orquesta. Pero ¿quién no sabe lo que un dedo no puede hacer en el piano? ¿Qué saldría de una flauta tocada con un dedo? ¿Y de la guitarra? ¿Y del tambor? Nada. De ninguno sale algo apreciable.

Siquiera en el cuarteto de laúdes habían cuatro dedos.

Que me vuelva a perdonar Paco Aguilar si pongo el dedo en la llaga. Ir a su concierto era estar dispuesto a escuchar un dedo de laúd con acompañamiento de diez dedos de piano.

Fuí.

Nos consta que Aguilar no sabía, diez minutos antes de la hora anunciada, si iba a tocar para una sala desierta o repleta. El Capitán se había embarcado en su nave y daba los últimos toques en las llaves del comando. Ajustaba las cuerdas, diapasón en los labios. En lugar de la sirena, se repetía sin cesar el toque de un **La** natural. A su lado, su compañero de aventura, el pianista Donato Colacelli, fumaba y hablaba. Aguilar le miraba, no le oía.

El vestíbulo se inundaba de ambiente cosmopolita. Aguilar no lo sabía, pero la sociedad más variada se había dado cita. No era público de Paco Aguilar. Era el público del Cuarteto. Nueva York, París, Londres, Madrid, Buenos Aires.

—¡Aguilar —gritó la voz impostada de Paco Meana—, a escena!

—¿Hay público?

—Ahora lo verás. Anda, que la sala ya está apagada.

Carlos Pessina afinaba el violín. Ramón Vilaclara desenfundaba el violoncello. Donato Colacelli fumaba el quinto cigarrillo. Todos le abrieron paso. Pero no fué Aguilar quien pasó la puerta del camerino, sino un jarro de rosas que llegaba en ese instante.

—¡Oh, rosas para mí!

—Rosas, ¡y qué rosas! — exclamó Colacelli.

—¿De quién serán? — murmuró Aguilar, encaminándose, sonriente hacia el escenario.

Una voz le detuvo. Pessina había pronunciado un nombre:

—Elisa.

Después, Vilaclara, leyendo otras tarjetas, añadió:

—Ezequiel. Pepe..

Aquí el cronista debe hacer un paréntesis, porque ignora cómo y por dónde llegó Aguilar ante el público. Estalló una ovación unánime. ¿Era para el solista? No. Era para el Cuarteto. El cronista sabe que Paco no la oyó, que Paco quedó junto a las rosas, y de ellas no pudo apartarse hasta que un acorde maternal del piano obligó al Laudón a dar sus primeras notas.

Era una "Gavota" de Purcell. Dulce melodía de virginal, que se inicia en el registro grave del laúd con un tenue regulador, cuyo **pianísimo** me pareció un tanto arriesgado para un instrumento que afrontaba por primera vez la prueba de codear sus tiernas sonoridades con las rígidas y brillantes del Piano. Doblemente peligroso, por ser la primera impresión que el público iba a recibir; y la impresión fué que el laúd era muy pobre de sonido. Cuidado con los **pianísimos**, de los que suele abusar dicho artista, al cual le recordamos que el valor de aquellos es más emotivo cuando han sido precedidos de mayor volúmen, y, sobre todo, cuando no son muy continuos.

Después, Bach, Gluck, Mozart, en versiones que resultaron interesantes. ¿Quedaban salvados los autores y las obras? ¿Mejoraban éstas? ¿Perdían aquéllos? Es un poco aventurado juzgar tras una primera audición; pero tengo mis dudas de que el "Andantino" de Gluck (Canto a la primavera de "Los Peregrinos en la Meca") no eche de menos la gracia de la letra.

El público sólo quiso manifestar entusiasmo. Pero ¿fueron los aplausos para el solista, o para el Cuarteto? También el cuarteto Aguilar, a excepción del hermano que tocaba, aplaudía desde un palco, las manos mojadas de lágrimas. Ellos sí, positivamente, al aplaudir al hermano, aplaudían al hermano.

Llegó la segunda parte. Por fin pudimos oir una página original para laúd. Acompañado de Pessina y Vilaclara, los dos magníficos instrumentistas del Teatro Colón, Paco Aguilar nos brindó el estreno en Buenos Aires de la "Casación en Do mayor" de Haydn, para laúd, violín y cello. Obra que, aunque otros méritos no tuviera, ofrecía el interés de su novedad y de su singularidad, elementos que por sí solos justificaban la curiosidad despertada en la crítica y el público.

Como oyente, agradezco a Paco Aguilar el esfuerzo realizado para darnos a conocer esa pequeña Sinfonía. Como amigo, le felicito por la suerte que le ha acompañado en el hallazgo de una joya que a su valor histórico suma los de la inspiración y del encanto sonoro a que da lugar la combinación de esos tres instrumentos.

¡Qué belleza la del "Allegro"! ¡Qué originalidad la del "Menuetto"! ¡Qué serenidad la del "Adagio"! ¡Qué alegría la del "Presto"! ¡Y qué bien tocaron Pessina y Vilaclara! ¡Qué justeza en todo! ¡Con qué atención, con qué dominio, con qué respeto, con qué cariño! Cariño hacia Haydn, cariño hacia Aguilar. Aguilar no debe olvidarlo. Desde la sala sentíamos el sentir del violín y del cello, en un anhelo de dar al laudón el calor fraterno que años atrás le brindaran el laudín, el laudete y el laud.

Terminó el concierto con obras argentinas y españolas. Volvió el piano a tomar a su cargo el cañamazo en que habían de bordarse los arabescos del laúd. Volvió el piano a olvidarse de su orgullo, volvió a ser clave, virginal, laúd, a veces más laúd que el laúd mismo. Donato Colacelli volvió a olvidarse de que era un hombre, volvió a ser un ángel.

Y Paco Aguilar salió de su debut envuelto en palmas y rosas. ¿Habían sido para él, o para el Cuarteto?

Yo le aplaudo su coraje y creo que debe seguir la ruta emprendida. Hoy más que nunca. El silencio, jamás. Es muerte. La música es luz. Con ella se dice lo que la palabra no puede expresar. ¡Qué importa ser o no comprendido! Lo que importa es no callar. Cantar. Al menos, cantar.

Pero atienda un consejo: no salude al público de modo tan severo. No es propio de su modestia, de esa modestia con que llora en sus "Adagios" y "Zarabandas". No es propio de quien, si no fuera por el público, no habría debutado, seguiría en el silencio, no podría cantar. Gracias al público, un laúd sigue su destino; el Laudón, el laúd de Paco Aguilar, sigue adelante. Gracias al público, ha levantados sus velas y ha echado a andar.

Gracias al público... gracias.

BEAU DONDON CONQUISTA UN MUNDO

Bajo este título acaba de publicar el escritor ecuatoriano Gerardo Gallegos su última novela de índole histórica. Con personajes puramente imaginarios, en el escenario sangriento de Sain-Domingue, —la actual República de Haití— despedazado por la codicia de españoles, ingleses y franceses, en luchas que abarcaron más de medio siglo, relata el autor la gesta heroica de Beau Dondón, caudillo de una banda de negros cimarrones y feroces, conducida por el prestigio, mezcla de extraño magnetismo y valor sin límites, que emana de la figura gigantesca del ex esclavo Dondón.

Su vigorosa personalidad calza maravillosamente en el clima dramático y terrible de aquellas guerras de conquistas, ideas y razas; con su característica psicología de negro amigo de todo lo que signifique rango y notoriedad, restos de su heterogénea ascendencia de esclavos, negreros y piratas es inteligente y diplomático a su modo, astuto e ingenuo a la vez y por encima de todo, profundamente negro.

Lo es cuando lucha por los hispanos y los ingleses contra las fuerzas de la República de Francia, y luego al hacerlo por éstas y en oposición a aquellas, sus anteriores "aliadas". Lucha y espera; aprende el arte de la guerra de los orgullosos militares blancos, que necesitan de él y de su abetunado ejército formidable; reconocen la gran utilidad que les presta el jefe afroantillano con la influencia que tiene sobre su pueblo, y toleran sus artimañas y pretensiones jerárquicas.

Beau Dondón adiestra a sus "pobres negros" y espera el momento propicio para exterminar a los blancos de la isla, el día que ya ve enrojecer sobre el Caribe, en que todo Haití será para la raza de ébano.

Ese es el sueño de Beau Dondón, su misión que viene de lejos, donde la tierra ardiente del Africa salvaje y enmarañada, de donde lo trajeron entre muchos hermanos de raza, desde entonces esclavos como él. Será el vengador de tantas espaldas bruñidas tatuadas de rojo por el látigo del amo; es el reclamo de su sangre aventurera y de sus dioses implacables y justicieros.

Y cumplirá su cometido aun después de someterse a ser ajusticiado por traición a los ingleses; su trayectoria la continuarán los antiguos oficiales de su ya lejano brillante "estado mayor", sus fieles y bravos soldados que se rascan las relucientes barrigas que asoman por las chaquetas hechas girones, perplejos por el audaz plan postrero del jefe que debe morir para que su Haití, áspero y encrespado como sus propios negros, sea solamente para ellos.

Así pasa Beau Dondón, auténtico conquistador de un mundo de libertad, admirado y temido en su grandeza, pero pequeño y dócil en el cariño que lo une a la inquietante Jacqueline, atracción que se convierte en pasión instintiva y rebelde hasta la incestuosidad.

La personalidad multiforme y apasionada de Jacqueline; Bongocita, la vieja esclava que ve supliciar a sus hijos, impotente y miserable, están destacados del nutrido conjunto de personajes en acertados primeros planos, con trazos ágiles y fuertes, con el vívido estilo de Gerardo Gallegos, limpio de expresiones fuertemente "varoniles" tan gratas a otros escritores americanos, y que alcanza singular realce en las páginas descriptivas, de las cuales fluyen hondas sugerencias poéticas propias del medio geográfico en que el autor se inspira.

En suma, una hermosa novela de contenido profundo e interesante nutrido en la tierra feraz y pródiga de Centro América, en una modesta impresión realizada en la capital de Cuba.

EVA A. FIA

LOS ISLEROS

Por ERNESTO L. CASTRO

Con verdadero interés hemos comenzado la lectura de "Los Isleros", la novela de Ernesto López Castro que obtuvo el primer premio en la selección argentina del año pasado para el certamen literario de los Estados Unidos que establece anualmente cuál es la mejor novela latinoamericana, y que en aquel país obtuviera la mención honorífica correspondiente al segundo premio. Pero nuestro interés inicial se trocó en apasionada lectura a medida que nos internábamos en la obra. El autor logra trasmitir no solamente su emoción, sino además hace que el lector se sienta identificado con el ambiente, —tan originalmente semisalvaje y hospitalario a la vez, tan maravillosamente dotado como castigado por la naturaleza—, de las islas del Paraná.

Nos presenta personajes estupendos, caracteres firmes y admirables, perfilados con maestría y analizados interiormente hasta sus más sutiles reacciones subjetivas. La figura del viejo Leandro y, más aun, la de doña Rosalía, constituyen dos auténticas creaciones que por sí solas tienen la suficiente fuerza para otorgar jerarquía a una obra.

Mas, como no es nuestro propósito hacer un simple elogio, queremos anotar también algunas observaciones que nos ha sugerido su lectura.

En primer término, no juzgamos indispensable la intercalación de todo el panorama actual de la Europa sojuzgada por el nazismo, en una obra cuyo mayor mérito reside en el planteo de los problemas estrictamente regionales de una parte de nuestro país. No es que resulte un anexo dentro del libro, ni tampoco creemos que los problemas de nuestra tierra son independientes de lo que ocurre en el resto del mundo. Todo lo contrario. Pero consideramos que para que una obra pueda ser juzgada como "social" no es imprescindible utilizar la literatura corriente en política, especialmente en sus formas más comunes de alegatos y anatemas. Demás está decir que coincidimos plenamente con el autor en su repudio al nazifacismo, pero creemos, sobre todo después de haber leído este libro, que puede hacerse una vigorosa novela social con los elementos propios del ambiente que se estudia y describe. En tal sentido, hallamos páginas muy buenas y otras que se resienten por la yuxtaposición antes citada.

Otro detalle digno de ser destacado —y lo señalamos porque sabemos que López Castro tiene condiciones de escritor y no es una persona a quien pueda molestar una crítica bien intencionada— es la influencia que se advierte, en la novela, de la anterior producción del autor para el teatro. Nos parece hallar cierto exceso de énfasis, de frases declamatorias, en algunos pasajes de la obra. Y las páginas más logradas son, a nuestro juicio, aquellas donde el autor, ya en sus descripciones, ya a través de los personajes, se expresa con la máxima naturalidad, haciendo que el relato adquiera elevación y pujanza.

De ningún modo desearíamos que estas breves consideraciones pudieran interpretarse en tono de censura. Reiteramos los conceptos expresados al comienzo y, más aún, afirmamos nuestra convicción de que nos hallamos ante un auténtico valor en la literatura argentina. "Los Isleros", por sí solo, lo evidencia.

El libro, discretamente presentado, lleva el sello de la Editorial Losada.

A. C.

Lo que debe ser el Panamericanismo

El continente ante la guerra y su organización para la paz

Desde muchos puntos de vista, tiene importancia e interés el libro de Pastor del Río, que constituye una recopilación ordenada de artículos, notas y diversos proyectos sobre problemas de América, que forman un conjunto coherente y orgánico, habiendo sido editado por Arellano y Cía., en La Habana, Cuba.

El autor demuestra honda preocupación por hallar solución a las cuestiones vitales que afectan a nuestras naciones. Desde la secretaría de la Asociación de Escritores y Artistas Americanos, con sede en Cuba, y la dirección de la revista América, desde su actuación en el Instituto Nacional de Previsión y Reformas Sociales, de aquel país, y en otras entidades, el doctor Pastor del Río ha propiciado una serie de iniciativas con vistas a una mayor unidad de las naciones del continente, al acercamiento de los intelectuales y artistas, a la participación de éstos en las actividades públicas, al mayor intercambio comercial, cultural y educacional entre nuestros pueblos. En muchos aspectos, el autor se ha adelantado y sugerido ideas que fueron materializadas posteriormente incluso por conferencias panamericanas. Y algunas de esas iniciativas son extraordinariamente interesantes, originales y prácticas.

El pensamiento rector de todo el libro, coincide con la oposición que se ha sostenido desde las columnas de HOMBRE DE AMERICA. He aquí un párrafo muy preciso: "Al enfrentarnos con nuestros problemas hemos preferido enfocarlos en toda su desnudez. El indio del Perú, Ecuador, Bolivia o México, que no ha obtenido los beneficios de la cultura ni ha entrado en las vías del progreso; el haitiniano o el jamaiquino que permanecen adscriptos a costumbres que deben ser desterradas; el cacique o el tirano que a espaldas de la nación o con la complicidad interesada de una minoría, ensancha cárceles, apresa líderes representativos y falsea comicios para perpetuarse en el poder; los prejuicios con que América latina acoge cuanto caloriza o emprende la del Norte y el cuidado con que acepta cuanto de ella procede por estimarlo como manifestaciones encubiertas de imperialismo o provocado por una política ocasional que en cualquier instante puede extinguir sus ventajas; esos y otros aspectos de nuestras actividades públicas, constituyen realidades americanas que hay que confrontar, analizar y poner en vías de comprensibilidad, de prueba y de solución".

El plano en que actúa el doctor del Río justifica los esfuerzos que realiza para que sus iniciativas sean adoptadas por los organismos gubernamentales. Y es tan raro hallar entre los hombres que desempeñan cargos oficiales la valentía y la honradez que evidencia el autor de este libro, que el hecho no puede pasar inadvertido.

Sin restar mérito a ninguna de sus proposiciones, y considerando que todas ellas serían altamente beneficiosas, nos parece que la solución real y definitiva de la mayor parte de los problemas que encara reside en la acción de los pueblos de América. Es excesiva la falsedad de casi todas las declaraciones gubernamentales y diplomáticas acerca de los asuntos en discusión; es tan grande la ficción democrática y hasta las protestas de ferviente apoyo a la unidad del continente que formulan los funcionarios más encumbrados, contrastando con sus actitudes; y es tan evidente que cuando más liberales se muestran los gobernantes en su política exterior más déspotas son en su propio país, que se comprende fácilmente la poca confianza que inspiran.

De todos modos, es loable y digno de apoyo y aplauso el tesonero trabajo del doctor del Río. Su libro merece no sólo leerse sino estudiarse.

A. C.

HOMBRE DE AMÉRICA

FUERTE Y LIBRE

AÑO IV — DICIEMBRE DE 1943 — Nº 23

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 071781

Dirección: A. CUPIT

Redacción y Administración
ALSINA 736
BUENOS AIRES
U. T. 34 - Defensa 0297

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT. Giros y toda clase de valores a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: $ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

NOMINA DE COLABORADORES

POR ORDEN ALFABETICO

Paco Aguilar — Miguel Angel Angueira — Germán Arciniegas (Colombia).

Montiel Ballesteros (Uruguay) — Tito L. Bancescu — Julio R. Barcos — Leónidas Barletta — José Basiglio Agosti — Prof. Francisco C. Bendicente — Ing. Carlos Bianchi — Aurora Bogú — Herminia Brumana — Marta Brunet — Antonio J. Bucich.

Dr. Edgardo Casella — Ernesto L. Castro — Ernesto Castany — Oscar Cerruto — Dr. Florencio Charola — Justino Cornejo (Ecuador) — Dr. Enrique Corona Martínez — Olga Cossettini — Dardo Cúneo.

Carlos de Baraibar — A. Díaz Urrieta — Serafín Delmar.

Luce Fabbri (Uruguay) — Oscar Falchetti — Luis Fernández Zárate — Waldo Frank (E. Unidos) — Dr. Emilio Frugoni (Uruguay).

Gerardo Gallegos (Cuba) — Dr. Rafael Grinfeld — Gilberto González y Contreras (Cuba).

Víctor Raúl Haya de la Torre (Perú) — Jorge Hess — Josua Hochstein. (Estados Unidos).

Dr. Juan Lazarte — Layle Lane (Estados Unidos) — Dr. Enrique Loedel Palumbo — Alfonso Longuet.

Dr. Manuel Martín Fernández — Mauricio Magdaleno (México) — Ing. Jacobo Maguid — Alberto Maritano — Aurelio Martínez (Perú) — Félix Molina Téllez.

Dr. Jorge F. Nicolai (Chile).

Dr. Isidro J. Odena — Juan G. Olmedilla — Luis Orsetti — Angel Ossorio.

Lucila Palacios (Venezuela) — Armando Panizza — María Luisa Petettin — Magda Portal — Enrique Portugal — Jacobo Prince.

Eugen Relgis (Rumania) — José Riera (Bolivia) — Octavio Rivas Rooney — Horacio E. Roqué.

Dr. L. Sack — Dr. Alberto Sagastume Berra — Diego Abad de Santillán — Dr. Jaime Scolnik — S. Fanny Simon (Estados Unidos) — Dr. Joao da Souza Ferraz (Brasil) — Juan Antonio Solari — Agustín Souchy (México).

Dr. Saúl Taborda — Andrés Townsend Escurra — Jacinto Toryho — Prof. Víctor Troncoso (Chile) — Ricardo Tudela.

Abraham Valdez (Bolivia) — Rafael Heliodoro Valle (México) — Antonio Vázquez Escalante — Arturo Vilches — Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADOES

Rodrigo Bonome — Camblor — Carybe — Gustavo Cochet — Manuel Eichelbaum — Enrique Fernández Chelo — José Antonio Ginzo — Emma Jauch — Kras —Aniano Lisa — Maruja Mallo — Pedro Olmos — José Planas — Francisco A. de Santo — Demetrio Urruchúa.